

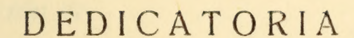





MANUEL LINARES RIVAS
FANTASMAS
COMEDIA EN DOS ACTOS
14625
30/7/18
HISPANIA

FANTASMAS

Imp. de V. Rico. — Paseo del Prado, 28. — MADRID



DEDICATORIA

A Elvira Olmos de Pan de Soraluce y a José Pan de Soraluce.

Con toda la buena voluntad y la gran admiración de

Manolo Linares Rivas.

MANUEL LINARES RIVAS

FANTASMAS

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Lara
la noche del 25 de Noviembre de 1915.



BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4.—MADRID
1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ANGÉLICA	Srta. Abadía.
ROSARIO	» Moneró.
ROMUALDA	» Leocadia Alba.
LA VIUDA DE CIFUENTES	» Sánchez Ariño.
LA HERMANA DE LA VIUDA DE CIFUENTES	» Alverá.
JUANA	» Herrero.
RAIMUNDO	Sr. Thuillier.
EL DOCTOR URGENTE	» Ramírez.
CAÑAVERAL	» Isbert.
ENRIQUE	» Valentí.
GUTIÉRREZ	» Mora.

ÉPOCA ACTUAL

DERECHA E IZQUIERDA LAS DEL ACTOR

ACTO PRIMERO

Un pabellón en un jardín. Una sola puerta al foro, con hojas que abren hacia el escenario. A la derecha una rotonda de cristales. A la izquierda un ventanal. Forillos, árboles. Todo limpio, nuevo, alegre y claro. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ROSARIO Y RAIMUNDO

ROSARIO lee una novela. RAIMUNDO, sentado a una mesita, concluye de escribir unas notas con lápiz en su cuaderno de bolsillo.

RAIMUNDO

Todo marcha bien. Y en cinco minutos despachados los negocios. ¡Es un encanto el vivir! ¿No opinas tú así, Rosario?

ROSARIO

Distraída.

Así...

RAIMUNDO

Fué magna idea la tuya de construir este pabelloncito. Desde que Dios amanece—y amanecemos nosotros—hasta la hora de dormir, aquí pasamos el día. ¡El sitio es maravilloso realmente! Del ventanal vemos este mar bravío de San Sebastián, con sus quietudes de mansísimo cordero y sus cóleras súbitas de león, las temidas galernas. Desde ahí, las montañas y los valles... y en torno del pabellón, los árboles, las flores, los pájaros... ¡Es maravilloso! ¿Verdad, Rosario?

ROSARIO

Sí.

RAIMUNDO

¿Qué te he dicho? ¡Siempre ausente de mi conversación!

ROSARIO

Ahora leía.

RAIMUNDO

Es lo mismo cuando no lees. ¿Dónde van ya los tiempos en que eran interesantísimas las nimiedades que nos decíamos?

ROSARIO

No pretenderás que nos digamos las bobadas de hace doce años.

RAIMUNDO

No. Y muchas veces me lo digo a mí mismo: «Qué error tan grande, Raimundo, al pretender conservar doce años la ilusión y el amor que te dieron para toda la vida». Pero de errores viven los amores, Rosarito.

ROSARIO

¿Tienes queja de mí?

RAIMUNDO

Ninguna.

ROSARIO

¿Y no sabes que estoy malucha?

RAIMUNDO

De nervios.

ROSARIO

A los hombres os parece que no es enfermedad.

RAIMUNDO

Tú lo dices, yo lo creo.

ROSARIO

Y el doctor.

RAIMUNDO

También lo dice el doctor Urgente; pero ni él ni tú contestáis a mi pregunta: ¿Por qué son esos nervios? Tú y yo, y tu sobrina Angélica, es decir, toda la familia, estamos bien de salud; aquí no hay preocupación de dinero ni mortificaciones de amor propio por ser o dejar de ser, que nada soy, nada busco, y vivo de mis rentas. Entonces, ¿por qué esas nerviosidades?

ROSARIO

¿Y yo qué sé?

RAIMUNDO

Si tuvieras la voluntad firme de curarte, me parece a mí que te curaba yo.

ROSARIO

¿Cómo?

RAIMUNDO

Volviendo un poco a ser lo que fuimos. Verás el plan. Empieza por darme un beso.

Ella le coge y le besa la mano.

No, mujer, eso no es un beso. Lo que te pido es algo que revele tu ilusión conmigo.

Ella le besa en la frente.

¡No! Acercar los labios y huir como si te quemara mi piel... ¡tampoco es así! Lo que deseo es un beso largo, sostenido, amoroso... ¡a ver si comprendes! ¡Un beso de *cine!*

ROSARIO

No digas bobadas.

RAIMUNDO

¿Bobadas?

Se levanta.

¿Bobadas? No te curarás. Mejor dicho, no te curaré. Paciencia, Raimundo, paciencia. ¡Es una gran desdicha que el amor de uno solo no sirva para amarse dos.

ROSARIO

Si yo te quiero.

RAIMUNDO

Dejémoslo en que sí... pero dejémoslo.

ESCENA II

DICHOS; CAÑAVERAL

CAÑAVERAL

Con una carta.

¿Dan licencia?

ROSARIO

Estando abierto no es menester el permiso, Cañaveral.

CAÑAVERAL

Siempre.

RAIMUNDO

Una manía.

CAÑAVERAL

No, señor; un criterio fundamental. La vida señala puestos a los hombres, y los hombres tenemos el deber de acomodar nuestra conducta al puesto que ocupamos.

ROSARIO

Pero cuántas veces le repetiremos que es usted un amigo, más que un secretario y un administrador.

CAÑAVERAL

Ustedes son muy dueños de añadir la obra de piedad, que es el afecto, a la obra de mise-

ricordia que realizan al sostenerme en esta plaza, honoraria por el trabajo y magnífica por la retribución; pero líbreme Dios de traspasar los límites del más profundo respeto.

ROSARIO

Como usted guste.

CAÑAVERAL

Hay que mantener el principio de las jerarquías, doña Rosario, y no meterse en el terreno de los superiores.

RAIMUNDO

Pues yo me luzco de veras si llego a pensar lo mismo. A estas horas aún me vería tirando de las vagonetas, como una bestia más, para sacar el carbón de las galerías en la mina. E hice todo lo contrario: desde el primer día a formar tertulia con los capataces, que sabían un poco más que los obreros, y cuando bajaba un ingeniero, con el ingeniero iba yo, y siempre que pude he puesto el pie un escalón más alto.

CAÑAVERAL

Eso le honra a usted mucho.

RAIMUNDO

Ni mucho, ni poco; que no lo hice por honrarme, sino por enriquecerme.

CAÑAVERAL

También es muy legítimo.

RAIMUNDO

¡Ya lo creo! Y si honrado me veo, no es por trabajador, sino por afortunado.

CAÑAVERAL

Por las dos cosas.

RAIMUNDO

Por las dos cosas, no; que igual andaba de honra cuando era minero nada más, y nadie vino nunca a enorgullecerse con mi amistad y en mi compañía.

CAÑAVERAL

No se lo discuto. Encuentro muy noble, nobilísimo, el encumbrarse por vías honestas. ¡De otro modo, no! Y en ningún orden se debe transigir con las incorrecciones.

RAIMUNDO

Según a lo que usted llame incorrecciones...

CAÑAVERAL

A todo lo que no merece la aprobación pública de las gentes.

RAIMUNDO

Esa es otra fantasía de usted...

CAÑAVERAL

No, no. Otra idea fundamental. A ciertas personas, de sentidos muy delicados, les causa un mal físico la grosería o la falta de higiene de sus contertulios, y a mí también me causa un tremendo malestar la indelicadeza y la burla rufianesca y las palabras irreverentes... que siempre acusan falta de higiene en los sentimientos...; y tan indispensable considero el baño de agua para los cuerpos, como el baño de corrección para las almas.

ROSARIO

Levantándose.

Conformes, sí; pero usted exagera un poquito...

CAÑAVERAL

Es posible, cuando usted lo dice; pero yo jamás transigiré con felonías ni con ruindades, y si ustedes no fueran dos señores correctísimos, yo no estaría un momento más a su lado, aun sabiendo que renunciaba al pan para mi boca.

ROSARIO

¿Ve usted la exageración?

CAÑAVERAL

Quizás... Pero, en primer término, y antes que todo, el caballero se debe a la verdad y a la justicia.

RAIMUNDO

Exacto.

CAÑAVERAL

¡Lo que me complace oir esa aprobación, don Raimundo!

RAIMUNDO

Exactísimo. De modo que si usted mañana descubriera una mala acción nuestra, ¿nos denunciaría usted a los Tribunales?

CAÑAVERAL

¿Cómo, cómo?

RAIMUNDO

Le pregunto que si usted, después de siete años de comer a manteles en la mesa nuestra y de recibir el cariño y las consideraciones de todos, descubriera una acción infamante o criminal en uno de nosotros, ¿ayudaría usted a llevarnos a presidio para contribuir a la causa de la justicia y de la verdad?

CAÑAVERAL

Es absurdo el suponerlo en ustedes...

RAIMUNDO

Conteste. ¿Sí, o no?

ROSARIO

Conteste, conteste...

CAÑAVERAL

Si pasara eso, yo saldría inmediatamente de su casa.

RAIMUNDO

Teniendo tan severa la conciencia, no basta.

CAÑAVERAL

Y no dificultaría la averiguación...

RAIMUNDO

No basta.

CAÑAVERAL

Y... ¡y me pegaría un tiro!

RAIMUNDO

No basta.

CAÑAVERAL

Pues ¡¡dos tiros!!

RAIMUNDO

Abrazándole.

Créame a mí, Cañaveral: no tenga ideas fundamentales en nada, que todo varía según las personas y las circunstancias, y hay muchas

justicias, justicias absolutas, que son muy grandes felonías... y hay verdades, verdades absolutas, en que sólo es noble la mentira, y la verdad es una grande, grandísima canallada.

CAÑAVERAL

¡Ponen ustedes unos ejemplos tan desesperados, que se queda uno sin razón, aun trayendo el saco lleno de ellas!...

RAIMUNDO

Mientras no sea más que hablar por hablar, bien está que se diga sentenciosamente: «¡¡La Justicia, la Verdad!!...» Pero cuando vaya usted a causar daños con verdades o con justicias, mire antes mucho el caso, mírelo mucho, Cañaveral...

CAÑAVERAL

Lo miraré, lo miraré cien veces...

RAIMUNDO

Firmemos esa carta.

Sacando la pluma stilográfica.

CAÑAVERAL

Es para el agente de Madrid, acusándole recibo del importe de los cupones del trimestre, y recordándole la venta de las acciones del Banco de Cartagena, por encargo de don Enrique.

RAIMUNDO

¿El vecino?

CAÑAVERAL

Sí.

RAIMUNDO

¿No le es a usted simpático Enrique?

CAÑAVERAL

No, señor.

RAIMUNDO

Tampoco a mí. Pero no debe uno esquinarse con los vecinos.

CAÑAVERAL

Bueno, bueno. Firme... ¡Hola, doctor!...

ESCENA III

DICHOS; EL DOCTOR URGENTE

DOCTOR

Salud, señores... aunque sea disparatado el que lo desee un médico.

A ROSARIO.

¿Cómo andamos? El pulso está fuerte. ¿Hacemos ejercicio?

ROSARIO

Poco...

CAÑAVERAL

Cuesta un triunfo el conseguir que salga. Anoche estaba animadísima para el concierto de hoy. Hoy ya desistió...

ROSARIO

No tengo ánimos ni para vestirme, pero quiero que vayan ustedes, sobre todo por la pobre Angélica.

DOCTOR

Es una criatura deliciosa.

ROSARIO

A buena parte viene usted con las alabanzas. Angélica es la adoración de Raimundo, la adoración de Cañaveral..

DOCTOR

Y la de todos.

RAIMUNDO

Yo, sí, la quiero mucho.

CAÑAVERAL

Es encantadora. La belleza, hecha mujer una vez más. Y luego un genio tan dulce, tan apacible, tan igual... Merece al mejor hombre de la tierra.

DOCTOR

Si yo fuera viudo, la merecería yo. Me creo de lo mejorcito.

RAIMUNDO

No sería yo quien pusiera dificultades a una persona de las condiciones de usted.

DOCTOR

¡Pues de veras que siento el no ser viudo!

CAÑAVERAL

¡Repórtese, doctor!

DOCTOR

Fué una broma.

CAÑAVERAL

Ni en broma la conceptúo lícita. El casado no debe mirar más que a su mujer.

DOCTOR

¡Es muy poco eso, Cañaveral! ¿A usted no le ha gustado nunca más que la suya?

CAÑAVERAL

Ninguna más.

DOCTOR

Respetando muchísimo a la suya propia, claro está, pero... ¿no sintió usted nunca el deseo de contemplar a una mujer guapa?

CAÑAVERAL

¡Nunca! ¡Jamás!

DOCTOR

Aparte a RAIMUNDO.

Raimundo, usted que tiene más confianza con Cañaveral... dele usted en mi nombre un puntapié a ese señor. No merece otra respuesta.

ROSARIO

¿Quedamos en que irán ustedes al concierto...? Si lo mío fuera una cosa de cuidado, una verdadera enfermedad...

DOCTOR

No la asistiría yo.

CAÑAVERAL

¡Doctor!

DOCTOR

Yo no asisto más que a los sanos. Es mi especialidad.

RAIMUNDO

Poco negocio...

DOCTOR

Al revés, grandísimo. Infinitamente mayor que el número de enfermos es el número de sanos que necesitan asistencia facultativa.

ROSARIO

¿Piensa usted que es fingido todo el mal que achacamos a los nervios?

DOCTOR

Fingimiento, no señora, pero tampoco enfermedad en la inmensa mayoría de los casos.

CAÑAVERAL

Obedecen a preocupaciones o a disgustos, a causas morales.

DOCTOR

Aparte a CAÑAVERAL.

O inmorales. De todo hay...

Dirigiéndose a ROSARIO.

Salvo cuando existe lesión—y esa pronto se manifiesta,—en los demás trastornos nerviosos es rarísimo no encontrar el origen en una pena o en una gran contrariedad. Por regla general, las crisis nerviosas empiezan en llanto y acaban en confesión.

ROSARIO

¿Sabrá usted muchas tragedias intimas?

DOCTOR

Ninguna.

ROSARIO

¿Las olvida usted inmediatamente?

DOCTOR

Eso es poco. No las supe nunca.

ROSARIO

Bien hecho.

DOCTOR

La experiencia me convenció de que el médico ha de curar el espíritu tanto, por lo menos, como pretende curar el cuerpo, que en muchos enfermos no hay más que el fantasma de la enfermedad.

ROSARIO

Bastante es.

DOCTOR

Bastante, sí, señora. Y le aseguro a usted que no resulta labor muy fácil, porque la terapéutica del alma aún está muy en embrión.

ROSARIO

Nuestro amigo Cañaveral no serviría para esa especialidad de usted, porque su amor a la justicia y a la verdad le obligarían a revelar las confesiones.

CAÑAVERAL

No, señora.

DOCTOR

Evidentemente que no.

RAIMUNDO

Sus ideas fundamentales me parece que están en liquidación.

CAÑAVERAL

No, señor. Como siempre, inflexibles; pero admito alguna salvedad.

RAIMUNDO

Muy bien. Eso viene a ser, aproximadamente, *un poco más de una pulgada escasa.*

CAÑAVERAL

No, señor; no, señor.

ESCENA IV

DICHOS: JUANA Y ROMUALDA

JUANA

Señorita, la Romualda, que si puede pasar.

ROSARIO

Sí.

JUANA

Entra.

Deja paso y mutis.

ROMUALDA

Buenas tardes tengan ustedes.

RAIMUNDO

¿Qué hay, Romualda?

ROMUALDA

Nada, señorito, más que el gusto de saludarlos... y de paso a ver si podían hacer algo por mí.

ROSARIO

¿No estás colocada?

ROMUALDA

No, señora, señorita.

ROSARIO

¿No presentaste la tarjeta mía en casa de los Valerio?

ROMUALDA

Me la dió ayer don Cañaveral, y ayer mismo fuí.

CAÑAVERAL

Cañaveral es apellido. Ya se lo dije a usted doscientas veces.

ROMUALDA

Y yo no se lo niego; pero a mí me suena bien así, don Cañaveral, y como por el nombre no lo mienta nadie ... ¡pues ya está! Y disimule, que ofensa no la hay.

ROSARIO

Vamos con lo tuyo. ¿Qué te pasa?

ROMUALDA

No lo sé, ni puede que lo sepa el demonio... pero ello es que no me tienen quieta en ninguna casa. Tres días, cuatro días, una semana... ¡y la cuenta y a la calle!

RAIMUNDO

¿Qué razón te dan?

ROMUALDA

Ninguna. Que no les convengo. ¡Seis casas llevo en un mes! ¡Es para volverse una loca de la cabeza!

ROSARIO

¿Pero no te dicen algo?

ROMUALDA

¡Nada! Que no convengo; nada más. Miren que yo soy honrada y decente y trabajadora...

ROSARIO

Sí, mujer, sí.

ROMUALDA

Y de saber mi obligación de cocina, pruebas tienen ustedes. Y de sisar, como otra cualquiera.

DOCTOR

Lo que te corresponde.

ROMUALDA

Eso es. La costumbre nada más. ¡Y a prudente no me gana otra! Cuatro años estuve con la viuda del señor administrador de Consumos, aquel don Ricardo, que gloria tenga. Pues en los cuatro años, habiendo visita de caballero, no entré una vez en la sala sin toser antes un poco.

CAÑAVERAL

No haría falta ninguna.

ROMUALDA

Ninguna, no, señor. Es para contarles el caso de mi prudencia solamente. Y de sufrida y de callada, no es porque yo lo diga, pero no han de salir muchas como yo, que en la casa del señor coronel de la zona había siete muchachos y los siete me abrazaban.

ROSARIO

¿Los siete, Romualda?

ROMUALDA

Y el señor coronel, ocho. Pues nunca fuí con el chisme a la señora ni puse cara de enfados.

CAÑAVERAL

Motivos le sobraban y debió usted hacerlo.

ROMUALDA

¡Bah, bah!... Si una fuera a reparar en esas pequeñeces no servía en ninguna casa. Y no llegando a la honradez de una, todo eso del abrazo que ellos dan y del empujón que yo les doy, viene a quedarse en una miaja de ejercicio, que dicen que es muy sano.

ROSARIO

Bueno, ¿qué quieres de nosotros?

ROMUALDA

Que hagan el favor de otra tarjeta, pero no en blanco, sino poniéndole alguna línea de como me conocen y responden por mí.

ROSARIO

Con mucho gusto. ¿Quiere ponerla, Cañaveral?

ROMUALDA

Quedaron ayer en avisarme, pero no avisaron... y tengo miedo.

CAÑAVERAL

Venga conmigo.

ROMUALDA

Perdonen, señoritos, la molestia... ¡pero hoy no comí, de la rabia que me come, que es un contra Dios el que una mujer decente y trabajadora se vea despreciada!

CAÑAVERAL

Venga, Romualda.

ROMUALDA

¡Ya voy, hombre! ¡No se ponga exigente! Y les digo a ustedes, como el Evangelio, que me andan por la cabeza unas ganas de barbaridades, que si no fuera mirando a lo que una tiene que perder, ya había estallado el cohete que llevo dentro.

DOCTOR

Eso, no. Un poco de paciencia, que todo se arreglará.

ROMUALDA

Veremos lo que se arregla. ¡Ande, hombre, no sea pesado!

CAÑAVERAL

¿Soy yo el pesado? No lo sabía.

ROMUALDA

Pues ya lo sabe. Buenas tardes.

RAIMUNDO

Puesto que son conocidos tuyos, ¿por qué no les escribes tú?

ROSARIO

Yo les escribiré. Deje, Cañaveral, que ya voy yo.

ROMUALDA

Dios se lo pagará, doña Rosario... y mucho se la prefiero de letra de usted, que este don Cañaveral las compone siempre con la máquina de escribir, y con la máquina no llega luego al corazón ninguna carta. Por su puño y por su mano pone usted: «Querido amigo, tengo muchísimo interés por la Romualda». Y el que recibe la carta se la figura a usted escribiéndola y muy interesada por la Romualda. Pero si se la figura a usted dándole con el dedo

a la maquinilla... «Que...ri...do... a...mi...go..., ten...go... mu...chí...si...mo... in...te...rés...

Imitando el movimiento.

¡Eso no es para un amigo, ni para un interés, ni para servir a la Romualda! ¡Escríbamela, escríbamela!

ROSARIO

Sí, mujer, sí. Vamos.

ROMUALDA

Vamos. Buenas tardes, señorito.

Mutis ROSARIO y ROMUALDA.

ESCENA V

RAIMUNDO, DOCTOR, CAÑAVERAL

DOCTOR

¿Qué le ocurre a esta pobre Romualda?

RAIMUNDO

No lo sé. Cualquier hablilla de comadres.

DOCTOR

Pues se luce el barrio, que con chismes también traen en vilo a ese infeliz de don Deogracias.

CAÑAVERAL

Él se lo busca.

RAIMUNDO

¿Y eso?

DOCTOR

Hasta ahora vivía en paz, ignorando—o sabiendo—que su mujer tiene un amigo.

CAÑAVERAL

Sabiéndolo.

DOCTOR

Quizás; pero la verdad oficial es que lo ignoraba. Ahora ya no puede tener duda.

RAIMUNDO

¿Se lo han dicho? ¿Y qué alma dañada se ha complacido en tal vileza?

DOCTOR

Anónimos, que recibe todos los días, con detalles y explicaciones... y hasta creo que con grabados para aclarar el texto.

RAIMUNDO

Es una villanía introducirse alevosamente en el hogar ajeno...

CAÑAVERAL

El procedimiento no lo aplaudo... pero era menester que terminara el escándalo.

RAIMUNDO

¿Qué escándalo, Cañaveral? A mi casa no vienen: ¿Van a la de usted...? ¿Desde las ventanas ve usted algo incorrecto? ¿Por las calles o en los paseos demuestran en su actitud algo enojoso para los demás...?

CAÑAVERAL

¡No, señor, no, nada de eso!

RAIMUNDO

¿Y entonces de qué se escandaliza usted...?

CAÑAVERAL

De su conducta privada...

RAIMUNDO

Pues siendo privada le falta a usted razón, no digo yo para juzgarla, sino para conocerla tan siquiera, que la vida íntima de cada uno es una cuenta a liquidar únicamente con su conciencia aquí y con Dios allá, pero con nadie más, ni allá ni aquí. Y si me pidiera consejo le diría que despreciara esas calumnias.

CAÑAVERAL

Le consta que son verdades.

RAIMUNDO

Pues que las desprecie también, que dentro de casa no hay más verdad que la que uno quiere saber, y ya es hora de que las puertas y los cerrojos, inventados contra los ladrones, sirvan alguna vez para protegernos contra los rateros de la paz y de la tranquilidad doméstica...

DOCTOR

Muy cuerdo sería... pero no lleva trazas de escucharle a usted... Al recibir la noticia, el

pobre D. Deogracias ha mugido de dolor... y ante la idea del ridículo le ha entrado una desesperación tan horrible que no se atreve ni a poner los pies fuera de casa.

RAIMUNDO

Pero el ridículo no es más que una preocupación, un nombre...

DOCTOR

Cuidado, cuidado, que a los nombres les tienen miedo muchos...

RAIMUNDO

Cierto, sí... pero esto aún es menos todavía, que para ser algo necesita que uno mismo le conceda estimación. Despreciado no es nada, absolutamente nada.

DOCTOR

Tiene usted razón... y sin embargo, no tiene usted razón ninguna.

CAÑAVERAL

No hay quien se sobreponga a ese temor.

RAIMUNDO

Bien, pues continúe el fantasma de los miedos hasta que la Humanidad se convenza de que habiendo tantos peligros reales y efectivos es absurdo el añadirse voluntariamente la carga de los peligros imaginarios.

DOCTOR

Absurdo del todo, no. Eso de los trasgos, por ejemplo, y de las brujas, y del incubo y de la madre diablesa, es entretenidísimo. Asusta, pero gusta.

RAIMUNDO

Ya lo sé que gusta, ya. Las leyendas más hermosas se deben todas a que los hombres tuvieron miedo.

CAÑAVERAL

Y seguirán teniéndolo.

RAIMUNDO

Probablemente.

CAÑAVERAL

Seguro.

DOCTOR

¡Seguro! Apueste usted sin miedo a que tendremos siempre mucho miedo... y muchísima razón para tenerlo.

ESCENA VI

DICHOS Y GUTIÉRREZ

GUTIÉRREZ

Buenas, doctor. Muy buenas, Cañaveral. Disponga usted de mi palco, Raimundo.

RAIMUNDO

¿No va usted, Gutiérrez?

GUTIÉRREZ

¡Imposible! Tengo una conferencia telefónica con París, a las siete, y quiero pedir otra con Madrid.

DOCTOR

¿Cómo marcha la Bolsa?

GUTIÉRREZ

¡Subiendo! ¡Es inverosímil! ¡Pero antes de la liquidación del día primero ha de bajar, irremediablemente ha de bajar!

DOCTOR

¿Y si no baja?

GUTIÉRREZ

Pausa.

Si no baja... el día primero me pegaré un balazo en la sien.

DOCTOR

¡Eso nunca!

CAÑAVERAL

¡Eso es inmoral!

RAIMUNDO

Eso no es práctico, Gutiérrez. Perdiendo en un día, puede usted rehabilitarse en otro.

GUTIÉRREZ

No, Raimundo, no, yo soy un caballero y no paso por la vergüenza de no cumplir mis compromisos.

RAIMUNDO

No hay que sonrojarse porque un negocio salga mal, que nadie es infalible. Se paga y a luchar de nuevo.

GUTIÉRREZ

Se paga, se paga... ¿Y con qué se paga...? Aun vendiendo hasta la ropa que llevo puesta, no alcanza mi fortuna para la mitad ni para la tercera parte de la liquidación.

CAÑAVERAL

En ese caso, la vergüenza no estará en la pérdida, sino en la jugada.

GUTIÉRREZ

¡En la jugada, no! Acertando, soy rico de un golpe.

DOCTOR

Y no acertando...

GUTIÉRREZ

El que da la vida, lo dió todo. Quedaré como lo que soy, un hombre de honor, y mi muerte consolará a los míos. ¡Pero ganaré! ¡Bajará la Bolsa! ¡No tiene más remedio que bajar!

DOCTOR

Lo celebraremos...

GUTIÉRREZ

Ya lo sé. Dispongan del palco. Y perdonen. Voy a telefonear...

Mutis.

ESCENA VII

RAIMUNDO, DOCTOR, CAÑAVERAL

DOCTOR

Ha de estar pasando unos días de prueba. No se los deseo ni a mi mejor amigo...

RAIMUNDO

Vive como alocado...

DOCTOR

Y es curioso ver cómo entienden las gentes la dignidad y la honra. No en lo que hacen, sino en cómo les sale...

RAIMUNDO

Por los resultados.

DOCTOR

De momento, no sabemos si este hombre es un caballero o es un bandido.

RAIMUNDO

Hay que aguardar al final, a la liquidación. Sube la Bolsa, pierde, no paga... ¡Gutiérrez es un grandísimo estafador!... Baja la Bolsa, gana, triunfa... ¡Gutiérrez es un grandísimo financiero!

CAÑAVERAL

¡Admirable teoría!...

DOCTOR

Si usted sabe otra...

CAÑAVERAL

¡No he de saber! Salgan bien o salgan mal, el que hace bien las cosas, es honrado, y el que las hace deliberadamente mal, no lo es, aunque el éxito las corone.

DOCTOR

Entonces, para usted, Gutiérrez...

CAÑAVERAL

Despreciable, totalmente despreciable... ¿Y para usted?

DOCTOR

Yo no me permito el lujo de ir despreciando a todos los que pudieran merecerlo, para no quedarme sin amigos y sin visitas.

CAÑAVERAL

Pues yo, sí, aunque me quede solo en el mundo.

RAIMUNDO

¿Cuándo querrá usted aprender una cosa muy sabida?... Que no hay buenos ni malos,

así, en redondo y a rajatabla, sino circunstancias, ocasiones, en que los hombres proceden bien, y ocasiones en que los hombres proceden mal... Si el día del juicio final nombran suplentes y lo eligen a usted para juzgar... ¡pocos pasaremos!...

CAÑAVERAL

Muy pocos.

RAIMUNDO

O tal vez pasen muchos, pero muchos, Cañaveral; porque entonces le darían a usted facultades omniscientes... ¡y el que todo lo sabe, todo lo perdona, porque demasiado alcanza que el ser débil es ser hombre, y muchas maldades, todas quizás, no son más que eso, debilidades!...

CAÑAVERAL

Puede ser... Pero con mi criterio de hoy, no sería.

RAIMUNDO

Peor para usted.

DOCTOR

Y para nosotros. Por si acaso, yo intrigaré cuanto pueda para que no le den esa suplencia...

ESCENA VIII

DICHOS: ANGÉLICA

ANGÉLICA

Felices, doctor.

DOCTOR

No quería marcharme sin saludarla.

ANGÉLICA

Muchas gracias.

DOCTOR

¿Y el ahijado?

ANGÉLICA

Ya está bien; pero no consintió que me fuera dejándolo despierto. ¡Parece mentira que un muchachote de nueve años, un zanganón ya, no se pueda dormir si no hay alguien a su lado!

DOCTOR

¿El coco?

ANGÉLICA

El coco. En cuanto apagan la luz o cierra los ojos, ya está viendo por los rincones aparecidos y duendes. *Marizápalos,* llevándose por los aires en la escoba a los niños rabiosos; *Tragaldabas,* acechando siempre a los traviesos en la sombra de los pasillos oscuros... y mil cuentos más por el estilo.

DOCTOR

Cuentos para nosotros, Angélica; para ellos, verdades de a puño, que les causan terrores infinitos, formándoles después imaginaciones asustadizas y propensas a exagerar la intervención de lo sobrenatural.

RAIMUNDO

Y como si fueran todavía pocos los *Tragaldabas* y las *Marizápalos* que hemos de encontrar por la vida adelante, ahora hay un demonio más para la infancia. El demonio de la película sangrienta, que los aterroriza, y el de la película policíaca, que les enseña el encanto y la utilidad de ser grandes ladrones...

ANGÉLICA

Y tanto que les enseñan; como que ya no juegan a justicias y ladrones porque no hay chico que quiera ser justicia, para no desprestigiarse desde tan joven...

DOCTOR

Y luego pedimos que la autoridad sea muy respetada.

ANGÉLICA

¿A ti no te gustan los cuentos, tío Raimundo...?

RAIMUNDO

A mí ni siquiera me los contaron. En mi niñez, cuando otros tienen juguetes y caricias, yo necesitaba ganarme el pan, recibiendo poco pan y muchos golpes.

ANGÉLICA

¡Muchos golpes! ¡Ahora todas son caricias!

Canturreándole maternalmente, apoyada en el respaldo de la silla en que está RAIMUNDO.

«Duérmete, tiito, que viene el coco, a comer a los tiitos que duermen poco...»

RAIMUNDO

Y cuando se reciben golpes de los hombres no vale la pena de asustarse por las amenazas de un duende o de una bruja, que no ha llegado nunca a pegar a nadie...

DOCTOR

¿Es dura la existencia del minero, eh...?

RAIMUNDO

Dura es, pero yo no me puedo quejar. Medré pronto.

ANGÉLICA

Gastándose el jornal en libros y estudiando en vez de divertirse.

RAIMUNDO

Naturalmente. Y hasta conseguir lo que me propuse no cejé ni un día en el trabajo y en el estudio. Aun ahora, que ya no lo necesito por mi suerte, estoy al tanto de todo lo que se inventa o se perfecciona en minería. Si tuviera que volver a empezar no iría desprevenido.

DOCTOR

Ya es mérito el haber llegado a la fortuna desde la nada.

RAIMUNDO

Ninguno. Llegar, llega todo el que se lo propone. Unos tendrán que apretar menos y otros más las clavijas de su esfuerzo, pero todos llegan.

DOCTOR

Pero los comienzos, no siendo nadie, ni pariente de nadie...

RAIMUNDO

El parentesco es para una centena o para un millar de privilegiados...

ANGÉLICA

¿Te acuerdas del hijo de don Ignacio?

RAIMUNDO

Jamás lo olvido, aunque entonces me pareció solamente una burla..,

DOCTOR

¿Qué fué?

RAIMUNDO

Nada...

ANGÉLICA

Cuéntalo.

RAIMUNDO

Cuéntalo tú si quieres.

ANGÉLICA

Allá va, para que no sea mal contado y muy rogado. *Pues señor*... cuando andaba el tío Raimundo por las minas, hecho un negro, con la cara tiznada, la ropa en girones, el pelo sin peinar, la barba enmarañada...

RAIMUNDO

Entonces aún no tenía barba, ni asomo de ella.

ANGÉLICA

Lo siento, porque iba bien lo de la barba para la descripción del tipo del minero...

RAIMUNDO

Aún no cumpliera los catorce años. Calcule...

ANGÉLICA

Bueno. Pues una mañana bajó el Director a las minas con un muchachito que se le presentara pidiendo colocación y diciéndole que era el hijo de don Ignacio Zaldívar, un amigo o conocido del Director. Llegaron los dos a una galería en donde se hallaban trabajando varios mineros, entre ellos el tío Raimundo... sin barba. Una vez allí, el Director le dijo al muchachito: «La faena de estos hombres, a los que vas a unirte desde ahora, consiste en sacar carbón de esa veta. ¿Te has enterado?—Sí, señor... —Bien, pues dí: *soy el hijo de don Ignacio*... El muchacho, un poco atortolado, lo dijo a media voz.—¡No, no, más fuerte!—Y todo lo fuerte que pudo, gritó el chiquillo: *¡¡Soy el hijo de don Ignacio!!*...—Habrás visto—continuó el Director — que ni diciéndolo bajo ni diciéndolo fuerte ha caído un solo grano de la piedra. ¡Al carbón no le importa que seas hijo de don Ignacio!... y como aquí lo que hace falta es sacar el mineral, coge un azadón y una pala, y ya que

a esto te dedicas, desde hoy has de ser hijo de la pala y del azadón, y como trabajes de firme tú verás qué buenos padres tienes en tus manos...

DOCTOR

Moraleja: «En el trabajo, cada uno es hijo de sí mismo.» También sé yo algo de eso.

ANGÉLICA

Debe dar mucho gusto el poder decir: «No le debo nada a nadie, todo es mio...»

RAIMUNDO

Aún es más grato el decir: «Todo es para vosotros...»

ANGÉLICA

Esos son los buenos, los nobles, los generosos... los tíos Raimundos que pone Dios por estos mundos. ¡¡Salió verso...!! Ustedes perdonen...

RAIMUNDO

Es adorable...

ANGÉLICA

Claro, porque acabo de alabarte.

ESCENA IX

DICHOS y JUANA

JUANA

Señorita, en la sala está la señora viuda de Cifuentes y su hermana.

ANGÉLICA

Aterrorizada en cómico.

¡Las tías!

RAIMUNDO

Que pasen aquí.

Mutis JUANA.

ANGÉLICA

Adiós.

DOCTOR

Adiós.

CAÑAVERAL

Con su permiso, don Raimundo...,

ANGÉLICA

La destrucción de la torre de Babel. «Y se dispersaron todos los hombres y todas las mujeres...»

RAIMUNDO

En broma.

Serenidad, señores...

DOCTOR

No se puede hacer mayor elogio de sus primas de usted... ¡Anunciarlas y disolverse la tertulia!... Me choca en Angélica, que en el otoño piensa ir a pasar una temporada con ellas...

ANGÉLICA

No lo diga ni en chanza. Son muy buenas, muy respetables... lo que usted quiera; pero son insufribles, gruñen constantemente, todo es pecado y todo es incorrección, y en su casa viven con una sordidez y una avaricia... ¡A su casa, no!

CAÑAVERAL

Son unas señoras muy correctas...

ANGÉLICA

Pues vaya usted. Se las cedo. Todavía no estoy para ayunos perpetuos...

CAÑAVERAL

No exageremos...

ANGÉLICA

¿Que no exageremos? Lo que más quieren ellas en el mundo es al *Ninchi,* un perro de aguas. Bueno, pues al perrito lo han puesto a régimen vegetariano. ¡Figúrense ustedes cómo me tratarán a mí, que voy, por lo menos, en segundo término para su cariño!

DOCTOR

Despidiéndose.

No se olvide usted, Raimundo, de mandar que pongan esa carta recomendando al muchacho aquél.

RAIMUNDO

¿Cómo se llama?

DOCTOR

Gregorio López Landecho, calle de las Beatas, número dos, tercero. Quiere ir de pasante con algún abogado...

RAIMUNDO

Ya, ya. Se lo recomendaré a Ocaña, que tiene un buen bufete. Apunta las señas tú, Angélica. Toma.

Le da el lápiz y la cartera.

DOCTOR

Dictando.

Gregorio... López... Landecho.

ANGÉLICA

Landecho...

ESCENA X

DICHOS: la VIUDA DE CIFUENTES y SU HERMANA

VIUDA

Suavemente, saludando a RAIMUNDO, a la derecha.

Buenas tardes...

DOCTOR

Beatas... dos.

Las dos señoras miran a izquierda, al DOCTOR y ANGÉLICA, que no las miran a ellas, y muy serias siguen a saludar a RAIMUNDO y a CAÑAVERAL.

RAIMUNDO

¿Cómo estáis?

VIUDA

¿Y tú?

DOCTOR

Ahí queda la nota. Adiós.

RAIMUNDO

Platea once...

DOCTOR

Bueno. Hasta luego.

Mutis, después de una reverencia. CAÑAVERAL le acompaña.

ESCENA XI

DICHOS, menos el DOCTOR y CAÑAVERAL

VIUDA

¿Vais de teatro?

ANGÉLICA

Saludándolas.

De concierto.

VIUDA

Menos mal...

HERMANA

¿Es nuevo?

El vestido.

ANGÉLICA

Sí...

VIUDA

Y el mes pasado te vimos otro.

ANGÉLICA

Sí, otro.

RAIMUNDO

Sentaos.

VIUDA

Mucho dinero os debe sobrar...

RAIMUNDO

Poco, porque se gasta.

HERMANA

Siendo a gusto...

RAIMUNDO

Sí.

VIUDA

Nosotras venimos con una petición para una rifa de un reloj.

RAIMUNDO

Muchos relojes os deben sobrar...

VIUDA

Estáis de buen humor. Más vale...

RAIMUNDO

¿A cómo la papeleta?

VIUDA

A duro.

RAIMUNDO

Vengan un par de ellas.

VIUDA

Gracias. Es una caridad...

ANGÉLICA

¿Y el perrito, tía?

VIUDA

Muy esbelto y muy airoso... ¡una monada! Pero lleva unos días tristón. Yo no sé qué le pasa...

ANGÉLICA

El régimen.

VIUDA

Eres un poquito descarada, sobrina, y eso no está decente en una muchacha.

ANGÉLICA

Dispense usted, tia; no quise molestar.

RAIMUNDO

Avisa a Rosario.

ANGÉLICA

Levantándose encantada.

¡Voy!

Muy triste.

Con su venia de ustedes, tías...

ESCENA XII

DICHOS, menos ANGÉLICA

VIUDA

La educas con demasiada licencia...

RAIMUNDO

Juventud y alegría; no tiene más defectos.

VIUDA

Ojalá podamos decir siempre lo mismo.

HERMANA

¡Ojalá!

VIUDA

Pero creemos una obligación nuestra al advertirte de los riesgos que corre la juventud con los desmanes y los vicios modernos.

RAIMUNDO

Los vicios ya son antiguos, prima, y por lo que vienen durando, parece que gustan.

VIUDA

Desgraciadamente. Pero si todos los honrados—y por tal te conceptúo a ti—nos uniéramos para expulsar de la sociedad a los perversos, más recatadamente se viviría.

HERMANA

Más, primo, más.

RAIMUNDO

Estoy conforme con vosotras. Exijo tan sólo que me señalen claramente, distintamente, cuáles son los perversos y en qué consiste la perversión.

VIUDA

Eso es muy fácil. Y una vez conocidos ha de rechazarse todo contacto con los infectos hasta su cuarta generación.

RAIMUNDO

Pensando así no sé con quién tratáis.

VIUDA

Con muchos, decentísimos.

RAIMUNDO

¿Desde cuatro generaciones antes? Lo dudo; y si es verdad, vuestros amigos no son amigos solamente, son ejemplares de Museo.

VIUDA

¿Deseas conocer algunos?

RAIMUNDO

No, no; me impresionan mucho los fenómenos.

VIUDA

Pues te convendría escuchar sus conversaciones doctas y prudentes, incluso para reformar tu vida en lo que hubieres de menester.

RAIMUNDO

Quizás... aunque mi vida es de una sencillez diáfana y se reduce a estar en paz dentro de mi casa, a respetar la ajena, a no murmurar de nadie y a no importarme que los demás murmuren o no de mí.

VIUDA

También el juicio de los demás es muy importante.

RAIMUNDO

No lo desconozco, pero como yo no sé dónde

se despacha ni quién posee la exclusiva de la verdadera opinión, mientras lo averiguo seguiré guiándome por la mía.

VIUDA

Dispensa que te lo diga: eso es soberbia.

HERMANA

Soberbia, primo, soberbia.

RAIMUNDO

Puede ser, no os lo niego. Pero si es orgullo y soberbia el guiarse por uno mismo, calculad vosotras la cantidad de soberbia que supone el pretender guiar a los demás.

VIUDA

Hay gente muy sabia.

RAIMUNDO

Para mi misma vida, más sabio que yo mismo, nadie, en absoluto, nadie.

VIUDA

¿Ni Dios?

RAIMUNDO

¡Dios, sí! Y como Él quiera bajar a guiarme, ya te aseguro que estoy muy propicio a dejarme conducir.

VIUDA

Eres atroz.

HERMANA

Atroz, primo, atroz.

ESCENA XIII

DICHOS: ROSARIO, ANGÉLICA Y CAÑAVERAL

ANGÉLICA

A RAIMUNDO.

Tu sombrero.

RAIMUNDO

¿Y el tuyo?

ANGÉLICA

En el auto. Me lo pondré al llegar para que no se chafen las plumas... y para no chafar a las tías.

VIUDA

A ROSARIO, que las saludó

¿Tú no vas?

ROSARIO

Me hace daño la atmósfera del teatro

RAIMUNDO

Si queréis os llevamos.

VIUDA

Al teatro, no

HERMANA

¡Jesús!

RAIMUNDO

Tranquilizáos; hay cordón sanitario. Hasta la ciudad...

VIUDA

Eso lo agradeceremos.

RAIMUNDO

Pues cuando dispongáis.

VIUDA

Que te alivies.

HERMANA

Que te alivies.

ROSARIO

Gracias.

VIUDA

Y otra tarde vendremos más despacio.

RAIMUNDO

¿Te mando el auto y vas a buscarnos a la salida? ¿A las ocho?

ROSARIO

Sí. A las ocho.

RAIMUNDO

Pues hasta luego.

ROSARIO

Con un poco de mal humor.

¡Adiós, Angélica!

ANGÉLICA

Que marchaba sin despedirse, volviendo muy seria.

¡Adiós, Rosario!

ROSARIO

Besándola con afecto.

No seas huraña, mujer.

ANGÉLICA

Sin devolver el beso y secamente.

Te lo parece a ti. Adiós.

Mutis las dos viejas, CAÑAVERAL, RAIMUNDO y ANGÉLICA, que se coge de su brazo.

ESCENA XIV

ROSARIO, luego ENRIQUE

ROSARIO los ve marchar, cierra la puerta, después la ventana, coge un libro y trata de leer, pero su impaciencia se lo impide; se sienta, se levanta y vuelve a sentarse; va a la ventana, mira, y por fin a la puerta, dejando pasar a ENRIQUE, y cierra con llave.

ENRIQUE

¡Esto es imposible! ¡No podemos continuar así!

ROSARIO

¿Te han visto?

ENRIQUE

Creo que no; pero dos veces tuve que retroceder y ocultarme entre los árboles.

ROSARIO

En el jardín no hay nadie, que yo alejo siempre a los criados.

ENRIQUE

En la ventana, arriba.

ROSARIO

Alguna muchacha. ¿Te vió?

ENRIQUE

Me parece que no; pero ¿quién lo asegura? Y lo peor de todo es que a cambio del peligro que corremos no se tenga jamás la compensación de una hora tranquila.

ROSARIO

Yo no puedo salir sola, Enrique.

ENRIQUE

Lo comprendo perfectamente; pero hazte cargo tú de la imposibilidad, de la locura enorme de que sigamos viéndonos así.

ROSARIO

Espantada.

¿Romper?

ENRIQUE

Romper, no; decidirte, resolverte.

ROSARIO

¿Y abandonarlo todo... y a todos?

ENRIQUE

A las nueve pasa un tren; en dos horas estamos en la frontera. Te dejo por allí bien instalada; vuelvo, para que no coincida nuestra desaparición, y al cabo de unos días nos reunimos definitivamente.

ROSARIO

Y si mañana te cansaras de mí... ¡No, no!

ENRIQUE

Desconfiando, tienes muchísima razón.

ROSARIO

No es desconfiar, no. Es que me duele amargamente, desesperadamente, el abandonar a los míos.

ENRIQUE

Muy natural; pero esto es la consecuencia inevitable de nuestra situación. No pienses que lo propongo por gusto, sino porque es preciso, porque no hay otra manera y porque forzosamente ha de llegar un día en que nos descubran y entonces iremos a lo mismo que hoy te espanta, pero iremos además con el escándalo, y tal vez con la catástrofe.

ROSARIO

No, no. Aumentaremos las precauciones.

ENRIQUE

¿Pero tú dices ya que en los ojos de Angélica ves algo acusador?

ROSARIO

Sí te lo dije, sí; pero no sospecha nada. Es el miedo mío el que me lleva a suponer que en sus ojos hay una acusación contra mí.

ENRIQUE

¿Te complace el vivir inquieta y asustada? Bien, pues seguiremos así.

ROSARIO

Sonriendo.

Exageramos un poco el temor

ENRIQUE

Quizás.

ROSARIO

Llevándolo a sentarse.

Ven. Pensemos en nosotros mismos un instante. ¿Me quieres, Enrique?

ENRIQUE

¿Lo dudas?

ROSARIO

No, pero decírmelo tú es una satisfacción

muy grande, y una disculpa muy grande también. Cada vez que llega a mí por tus palabras el convencimiento de que me quieres más que a todo y de que me querrás siempre, es una alegría tan inmen...

Interrumpiéndose bruscamente, se levanta. Pausa. Escuchando.

¿Has oído algo?

ENRIQUE

Nada...

ROSARIO

Me pareció que chirriaba la verja...

ENRIQUE

No. Pero realmente resulta agradabilísimo el que nos intranquilice cualquier rumor, y cuando hablas, en vez de atender a la delicia de tus palabras, estar pendiente de si suena o deja de sonar algún ruido, y por consecuencia, alguna amenaza...

ROSARIO

Volviendo a sentarse a su lado.

¿No me perdonas la inquietud que te causo?

ENRIQUE

No lo preguntes siquiera, que yo no hablo de ti, ni contra ti, sino de los dos... y contra los dos.

ROSARIO

Te creo, pero créeme tú a mí también. ¿Qué podría yo desear que no fuera la paz y el olvido completo del mundo cuando estás a mi lado?

ENRIQUE

¿Y yo no querré lo mismo?

ROSARIO

Lo mismo, sí.

ENRIQUE

Y teniendo esa persuasión, ¿por qué no aceptas la única fórmula razonable?

ROSARIO

No insistas en ello. ¡Te lo pido con toda mi alma!

ENRIQUE

Bien...

ROSARIO

¿No te basta con la alegría de vernos y con la seguridad absoluta de que yo soy muy dichosa en estos minutos?

ENRIQUE

A la fuerza ha de bastar...

ROSARIO

No, así no. Nada de transigir malhumorado.

ENRIQUE

Sonriendo.

Pues será una vez más lo que tú dispongas y nos conformaremos muy gustosos.

ROSARIO

¡Así, así!

ENRIQUE

Aceptando la felicidad como ella quiere venir y como tú la quieres conceder.

ROSARIO

Zalamera.

¡Eso es ser bueno!

ENRIQUE

Riendo.

No hay bondad mayor que la de obedecer, y esa es la que más os satisface y más os convence a las muje...

ROSARIO

Tapándole la boca bruscamente.

¡¡Calla!!

Pausa breve, escuchando.

¡¡Vienen!!

ENRIQUE

Ojalá

ROSARIO

¿Qué dices?

ENRIQUE

¡Que vengan! Prefiero terminar de una vez. ¡Como sea, pero de una vez!

ROSARIO

¡Calla!

ENRIQUE

¡Que esta zozobra continua es insostenible!

ROSARIO

¡¡Calla, por Dios!!

Se levanta y mira por la ventana, yendo a ella de puntillas y disimuladamente.

¡¡Raimundo!!

ENRIQUE

Levantándose.

¡Mejor!

ROSARIO

¡Viene hacia aquí!

ENRIQUE

¡¡Mejor!!

ROSARIO

¡Sálvame, Enrique!

ENRIQUE

Calma, calma. No lo atropellemos todo antes de tiempo.

ROSARIO

Ya está ahí. ¡Ven! ¡Ven!

ENRIQUE

¿Adónde?

ROSARIO

¡¡Ven!!

Quedan los dos inmoviles escuchando.

ESCENA XV

Una pausa.

DICHOS: RAIMUNDO

RAIMUNDO

¡Rosario...! ¡¡Rosario!!

Golpeando la puerta después de haber intentado abrirla.

¡Rosario! ¡¡Abre, Rosario, abre!!

ROSARIO vacila, pero ENRIQUE, por señas, enérgicamente, la obliga a abrir.

ROSARIO

Medio muerta de espanto, pero dominándose, descorre la llave, y antes de abrir, por un instinto de defensa todavía, coge a ENRIQUE y lo empuja hacia la puerta de modo que ésta, al abrirse, lo oculte detrás de la hoja.

¿Qué es...?

RAIMUNDO

¡¡Que Angélica se ha caído del auto!!

ROSARIO

¿Muerta?

RAIMUNDO

¡No sabemos! ¡Ven, ven...!

Y se la lleva apresuradamente.

ENRIQUE respira fuertemente y... va a salir con precaución, pero a los pocos pasos retrocede rápido, volviendo a colocarse en la posición anterior

ESCENA XVI

ENRIQUE, ROSARIO, RAIMUNDO y CAÑAVERAL

Trayendo a ANGÉLICA desmayada, la depositan cuidadosamente en el sofá. ROSARIO, al entrar, empuja las hojas de la puerta.

ROSARIO

¿Cómo ha sido?

RAIMUNDO

No sé... Oímos el grito, viéndola ya en el suelo. Debió levantarse para algo y perder el equilibrio... ¡No sé!

ROSARIO

¿Vive?

CAÑAVERAL

Sí, sí.

RAIMUNDO

Desabróchala un poco...

CAÑAVERAL

¿Respira?

RAIMUNDO

No... ¿Y el pulso?

CAÑAVERAL

Me parece que lo siento...

RAIMUNDO

¿Cómo tienes cerrado aquí...? ¡Qué calor...!

Va RAIMUNDO a abrir la ventana de la izquierda. ROSARIO lo mira espantada. CAÑAVERAL, tomando el pulso a ANGÉLICA, está muy atento a ella. Cuando abrió ya la ventana RAIMUNDO, comprendiendo que al volverse para venir va a ver a ENRIQUE, corre ROSARIO a RAIMUNDO, y abrazándole lo trae hacia ANGÉLICA de modo que ROSARIO le impida ver la puerta.

ROSARIO

¿Cómo fué...? ¿Quién la vió primero? ¿Tú la levantaste? ¿Tendrá algún mal golpe, Raimundo, tendrá algún mal golpe?

RAIMUNDO

No sé, no sé...

ROSARIO

Vete inmediatamente a buscar al doctor... ¡Corre! ¡Corre! ¡En el mismo auto! ¡¡Corre por Dios!!

RAIMUNDO

¡Voy, voy...!

Mutis.

ROSARIO

Pausa: un momento sin poder hablar.

Cañaveral... avise usted a las muchachas... voy a desnudarla...

CAÑAVERAL

Bien.

Mutis.

ROSARIO

Cuando CAÑAVERAL se aleja, coge a ENRIQUE del brazo y lo trae para que salga.

¡Salta la muralla por abajo, por la fuente...!

ENRIQUE

Bueno...

ANGÉLICA ha vuelto en sí, mirando en derredor, sin darse cuenta; los ve, comprende, y da un grito, cayendo de nuevo desmayada. ENRIQUE y ROSARIO quedan inmóviles un momento y aterrados.

ROSARIO

Mañana, a las nueve, en la estación.

ENRIQUE

¡A las nueve!

ENRIQUE huye. ROSARIO queda inmóvil mirando fijamente a ANGÉLICA.

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

CAÑAVERAL, paseándose nervioso. JUANA, inmóvil.

JUANA

¿Pero la señora no viene?...

CAÑAVERAL

Por lo visto.

JUANA

¿Le guardamos almuerzo?

CAÑAVERAL

No.

JUANA

¿Almorzó fuera?

CAÑAVERAL

Eso es. Fuera.

JUANA

¿Entonces servimos para los señoritos?

CAÑAVERAL

No.

JUANA

Son las tres...

CAÑAVERAL

Las tres; bueno. ¿Por qué no han de ser las tres?

JUANA

¿Esperamos algo más?

CAÑAVERAL

No. Coman ustedes; coman, coman...

JUANA

Bueno...

Mutis, después de entrar las hermanas.

ESCENA II

CAÑAVERAL, VIUDA Y HERMANA

HERMANA

Muy buenas, señor Cañaveral.

CAÑAVERAL

Muy buenas tardes, señoras.

HERMANA

Nos asustó usted con su tarjeta...

VIUDA

¿Ocurre algo?

CAÑAVERAL

Ocurre. De Rosario...

VIUDA

¿Qué?

Después de leer la carta que le entrega CAÑAVERAL.

¡Jesús! ¡Mira, mira!

HERMANA

Después de leer.

¡Jesús! ¡Jesús!

VIUDA

¡Qué vergüenza!

HERMANA

¡Qué escándalo!

VIUDA

¿Le dió usted la noticia a Raimundo?

CAÑAVERAL

No, señora. En la carta me lo ruegan; pero yo he considerado indispensable hablarlo previamente con ustedes y con el doctor.

VIUDA

El doctor sobraba. Cuantos menos, mejor.

CAÑAVERAL

Como al fin han de saber todos que se marchó, abandonando su casa...

VIUDA

No, señor, no. Es menester que no lo sepa nadie. Hay que tapar esto.

HERMANA

¡Taparlo! ¡Taparlo!

VIUDA

Buscaremos un pretexto para la ausencia; ¡pero, por Dios, que no venga el escándalo sobre nosotros!

CAÑAVERAL

Lo buscaremos. Es mas prudente, sí.

VIUDA

¿A qué hora salió Rosario?

CAÑAVERAL

Marchó a eso de las ocho y media. Y la carta me la entregaron a las once, cuando vine.

VIUDA

¿Y cómo es que Raimundo no lo sabe ya?

CAÑAVERAL

No tiene por qué sospechar aún. La salida de la mañana se justifica muy fácilmente, y luego don Raimundo se fué temprano con otros amigos al banquete que celebran todos los años en Pasajes.

HERMANA

Nos lo dijo ayer.

VIUDA

Ya lo recuerdo.

ESCENA III

DICHOS: DOCTOR

DOCTOR

¿Quién se muere?

CAÑAVERAL

Nadie.

DOCTOR

¿Entonces para qué tantas prisas?

CAÑAVERAL

Lea.

DOCTOR

Pausadamente, dobla y mete la carta en el sobre.

Bien.

VIUDA

Es una vergüenza para nosotros.

DOCTOR

Para ustedes no tanto.

VIUDA

Somos primas hermanas suyas. Sobre nosotras recaerá el baldón a la familia, y Raimundo debió pensarlo un poco antes de traer a una mujer cualquiera a la casa.

DOCTOR

Esas cosas no hay manera de pensarlas an-

tes; y en cuanto a la preocupación por el disgusto que ustedes puedan tener, lo creo algo secundario en estos momentos. No se imaginarán ustedes que Raimundo se ha pasado los quince años de su matrimonio diciéndose todas las noches: «¡Dios mío, que mi mujer no me engañe para no mortificar algún día con el escándalo a mis primas hermanas!»

VIUDA

Como usted lo dice, no. Pero si no hemos de vivir aislados, todos tenemos que pensar en todos... y ahora nosotras pensamos también en Raimundo y en Angélica para mitigarles un poco las consecuencias de esta desdicha.

CAÑAVERAL

Es muy noble el parecer y el propósito de estas señoras.

HERMANA

Nuestro deber.

VIUDA

Nada más que nuestro deber.

CAÑAVERAL

Por de pronto acudamos a lo más urgente, a la forma en que se dará la noticia. ¿Qué procedimiento consideran ustedes menos doloroso? ¿Enseñarle la carta?

VIUDA

Me parece muy brusco. ¿Verdad?

HERMANA

Muy brusco.

CAÑAVERAL

¿Escribirle nosotros... y firmarlo todos?

DOCTOR

¿Una certificación? No, no.

VIUDA

Tampoco. Hay que hablárselo.

CAÑAVERAL

A mí me confiaron la enojosa misión, pero la declino si alguien más autorizado, el doctor, por ejemplo...

DOCTOR

Yo no. ¿No se va a dar un disgustazo? Pues la familia, la familia. Para eso están en el mundo los parientes.

VIUDA

Y para no rehuir una mortificación cuando es para la salud espiritual o corporal.

DOCTOR

¿Entonces usted se encarga?

VIUDA

Yo, sí, señor.

CAÑAVERAL

Procure bien el escoger las palabras más afectuosas.

HERMANA

Descuide usted. Mi hermana cumplirá delicadamente.

VIUDA

Obligación tengo y costumbre también. ¿Tardará mucho Raimundo?

CAÑAVERAL

Ya no.

VIUDA

Pues aguardaremos.

CAÑAVERAL

E inmediatamente que llegue...

VIUDA

Inmediatamente, sí. Hasta para la resolución que adopte será oportuno el no dilatarlo.

DOCTOR

¡Cuánta rapidez!

VIUDA

¿Se opondrá usted a que se lo comunique?

DOCTOR

No. Me opongo tan sólo a que se le diga inmediatamente.

VIUDA

¿Creerá usted más piadoso el que viva en el engaño otras cuantas horas?

DOCTOR

Y si pudiera ser toda la vida, ¿no era mejor?

CAÑAVERAL

Cierto que sí; pero en este caso hay la imposibilidad material de que lo ignore más tiempo.

VIUDA

Y me sorprende algo, señor doctor, que teniendo a gala el mostrar su desdén por sentimientos muy respetables, quiera usted ahora defender unos minutos con razones de un exagerado sentimentalismo.

HERMANA

Así parecerá más caritativo que nosotras.

DOCTOR

No lo pretendo. Me pidieron opinión y digo únicamente que soy contrario a que se le dé el disgusto ahora.

VIUDA

¿Más tarde?

DOCTOR

Eso es.

VIUDA

A las cuatro, a las cinco...

DOCTOR

A las cinco, bien.

CAÑAVERAL

¿Y qué ganamos con esas dos horas?

DOCTOR

¿Pregunta usted qué ganamos nosotros o qué gana Raimundo?

CAÑAVERAL

Raimundo.

DOCTOR

Pues muchísimo. Yo puedo discutir si hay

fibras para los sentimientos, para el amor, para la honradez... o no son más que excitaciones morbosas.

VIUDA

Le ruego a usted que no siga por ese camino.

DOCTOR

Bien. Pero yo no puedo discutir que hay jugos gástricos y funciones digestivas... y que es temerario el perturbarlas.

CAÑAVERAL

Ni nadie.

DOCTOR

Pues estonces ya estamos de acuerdo todos en la hora. Raimundo vuelve de un banquete; se habrá excedido un poco, y no debemos calcular que se le normalice la interesantísima función aludida hasta eso de las cinco...

VIUDA

Justo, justo.

DOCTOR

Por eso propongo tal hora.

HERMANA

Aceptada.

CAÑAVERAL

¡No faltaba más!

DOCTOR

Ya ven ustedes que para ese plazo de calma que le concedo no hay ninguna razón sensiblera.

CAÑAVERAL

Al contrario, muy prosaica.

DOCTOR

La prosa del cuerpo también trabaja por la quietud del alma... y se puede muy bien, sin ser piadoso de real orden, tener un poco de piedad solamente por saber un poco de fisiología. Hasta luego, señores.

CAÑAVERAL

Usted debe estar con nosotros.

DOCTOR

Hay tiempo para hacer visitas. Voy a curar más sanos y volveré a las cinco, a ver si tengo más enfermos. Hasta lue...

VIUDA

Oiga, doctor. Si continúa usted portándose como bueno le voy a dar licencia, sin escrúpulo ninguno, para que diga esas botaratadas que tanto le gustan.

DOCTOR

Perdón, señora. Son convicciones arraigadas.

A ANGÉLICA, que entra.

¿Completamente bien?

ESCENA IV

DICHOS: ANGÉLICA

ANGÉLICA

Del todo, sí.

DOCTOR

Convicciones arraigadísimas. Lo que no tie-

ne existencia material, lo que no se puede palpar, tocar con las manos, para mí no existe.

ANGÉLICA

Toque a una estrella, doctor.

DOCTOR

¿Cómo?

ANGÉLICA

¿No puede?

DOCTOR

Claro que no.

ANGÉLICA

Luego no existe la estrella. A mí el argumento me convenció. Cuando tenga otro parecido no deje de venir pronto...

DOCTOR

Hablábamos de otro orden de cosas. De si el alma puede...

HERMANA

Va usted a echar a perder el buen concepto que le mereció a mi hermana.

VIUDA

Déjalo.

Sonriendo.

Diga, doctor. Le doy licencia...

DOCTOR

Vaya, vaya, buenas tardes...

VIUDA

Doctor, doctor... dígalo sin rebozo.

DOCTOR

¿No se asustará usted...?

VIUDA

No, señor.

DOCTOR

Pues entonces, resueltamente no lo digo. Las herejías se lanzan para asustar a las gentes, y

no asustándose les quitan la única gracia que tienen. Y en este caso las herejías se quedan en vulgarísimas majaderías... ¡No me conviene el trato!

VIUDA

Pues vaya con Dios.

DOCTOR

Adiós.

Mutis.

ANGÉLICA

Nadie avisó, tías...

VIUDA

Ahora íbamos a mandarte recado.

Llevándosela aparte.

Oye, Angélica. ¿Tú sabes que la tía Rosario ha salido esta mañana? ¿Sabes que no ha vuelto? ¿Y sabes que tardará mucho en volver?

ANGÉLICA

Súbitamente seria, contesta con inclinaciones de cabeza.

Sí...

VIUDA

El doctor ha mandado que vaya a un Sanatorio durante una larga temporada.

HERMANA

Aparte a CAÑAVERAL.

Es admirable para estas comisiones...

VIUDA

Y para evitar la impresión de las despedidas hemos acordado que marchara sin que nadie lo supiera.

HERMANA

Aparte a CAÑAVERAL.

Se pinta sola...

CAÑAVERAL

Lo sospechaba...

VIUDA

¿Has comprendido, Angélica?

ANGÉLICA

Sí, tía...

VIUDA

Mientras duren estas circunstancias, tú no puedes seguir en la casa, y aunque realmente no tenemos ningún parentesco, vendrás a la nuestra. De ningún modo vamos a tolerar que te lleven recogida a cualquier sitio...

ANGÉLICA se levanta súbitamente.

¿Comprendes lo que te quiero decir...?

ANGÉLICA

Sí, señora...

VIUDA

Llámame como siempre.

ANGÉLICA

Sí, tía.

CAÑAVERAL

A HERMANA.

Qué hermosa acción...

VIUDA

¿Quieres que aguardemos a Raimundo en el jardín?

ANGÉLICA

Donde ustedes manden.

VIUDA

Y hablaremos. ¿Nos dispensa, Cañaveral?

CAÑAVERAL

¡Señoras!...

Mutis las tres.

ESCENA V

CAÑAVERAL, JUANA, con ROMUALDA

JUANA

Ahí lo tienes. Aprovecha el momento que está solo.

ROMUALDA

¿Se puede?...

CAÑAVERAL

¿Qué quiere usted ahora?

ROMUALDA

Decirle una palabra...

CAÑAVERAL

Pues abrevie, que no estoy para chinchorrerías.

ROMUALDA

No, señor. Como usted es tan amable siempre, venía a ver si le convengo...

CAÑAVERAL

¡Ya se le dió a usted la recomendación para otra casa!...

ROMUALDA

Pero no me acomodé...

CAÑAVERAL

Lo siento.

JUANA

Y como yo supe que ayer se le despidió a usted la cocinera, pues avisé de corrido a la Romualda...

CAÑAVERAL

Si no fuese usted chismosa y se metiera usted la lengua en donde le quepa... mejor le iría.

JUANA

Aparte, a ROMUALDA.

Llegamos en buen momento, mujer...

ROMUALDA

Pero yo no puedo aguantar más.

A CAÑAVERAL.

Usted me conoce y sabe mi garantía de formal y de trabajadora...

CAÑAVERAL

Ya lo sé.

ROMUALDA

¿Y no le convengo?

CAÑAVERAL

No...

ROMUALDA

¿Por qué?...

Subiendo el tono ya.

¿Por qué, hombre?

CAÑAVERAL

Por nada... Yo quiero una mujer de más edad.

ROMUALDA

¿De más edad que yo? ¡Mentira! Todos los viejos las quieren de menos.

CAÑAVERAL

No discutamos vanamente. Por lo que sea, a mí no me conviene... y usted dispensará.

ROMUALDA

Pero ¿por qué? ¿No me da una razón siquiera?

CAÑAVERAL

Algunas tengo; pero estimo más prudente el callármelas.

ROMUALDA

¿Y qué puede decir contra mí, ¡¡grandísimo embustero!!..

CAÑAVERAL

Haz el favor de marcharte...

ROMUALDA

¡Ay, no! ¡Que ahora lo dice!

JUANA

¡Eso es quitarle fama, y hace bien en no marchar sin que lo expliquen!

CAÑAVERAL

Si es preciso, lo diré...

ROMUALDA

Dígalo, dígalo; ¡á ver si reventamos todos de una vez!

CAÑAVERAL

Es verdad que contra usted, Romualda, no hay ni la más leve queja; pero usted tiene un hermano...

JUANA

Tiene varios.

CAÑAVERAL

Uno, uno. Ramón.

ROMUALDA

Desconsolada.

¡Ay, Dios mío de mi vida!

CAÑAVERAL

Pausa.

No sigo, ¿verdad?...

ROMUALDA

¿Y qué culpa tengo yo? ¿Es que se dijo algo de mí en la Audiencia?...

CAÑAVERAL

Absolutamente nada.

ROMUALDA

¿Y eso no pasó allá, en Cáceres? ¿Y yo no estaba aquí?

CAÑAVERAL

Exacto.

ROMUALDA

Y entonces, si no me enredaron en la causa los jueces... ¿por qué demonios me enredan ustedes en los castigos?...

CAÑAVERAL

Yo no castigo... Pero reconozca usted que no es la mejor recomendación para admitir a una persona dentro de casa, el que sepamos que tiene un hermano en presidio por ladrón...

ROMUALDA

¿Pero yo no soy honrada? ¿No soy decente...?

CAÑAVERAL

¡Más bajo! No escandalice.

ROMUALDA

¡Qué más bajo ni qué centellas, hombre! ¿Qué culpa tengo yo, hombre? ¿Y por qué no me toman a mí como yo soy, hombre?

JUANA

¡Le sobra razón...!

CAÑAVERAL

Le sobrará... pero que la admitan otros.

ROMUALDA

¿Otros? ¡Y los otros dicen lo mismo! ¡Y así voy rodando de otros en otros! ¿Pero ustedes, los buenos, no ven que esto es hacer gente mala? ¿Si me niegan trabajo en todas partes, cómo quieren que viva, si no de mala y de ladrona y de Dios sabe qué?

CAÑAVERAL

Es muy deplorable, sí... pero los demás también tenemos que guardarnos. Claro que con

usted no hay temor de que ocurra nunca nada, pero si ocurriera, ¿no dirían todos con muchísimo fundamento que había sido una imprevisión y una imprudencia...?

ROMUALDA

¿Y voy a quedarme sin acomodo para toda la vida?

CAÑAVERAL

Podrá usted colocarse en otra población, en donde no la conozcan...

ROMUALDA

¿Pero no ha de ser mejor en donde me conozcan por honrada y por buena?

CAÑAVERAL

Aquí habrá siempre el recelo...

ROMUALDA

¿Recelo de qué, si yo no lo veo, ni lo hablo, ni lo trato...?

CAÑAVERAL

No puede usted negar que es su hermano, y el bien o el mal de cada uno trae bien o mal para los próximos. Eso es evidente.

ROMUALDA

Bueno, que sea de ese modo, pero entonces vamos adelante con el carro de esa idea. Yo tengo un hermano granuja, cierto, pero también tengo otros tres hermanos ¡tres! muy dignos y muy hombres de bien. ¿Se enteró usted...? ¡¡tres!!

CAÑAVERAL

Sí.

ROMUALDA

Pues ya estamos divinamente. Si uno me tira para abajo, tres han de tirarme para arriba y poder más.

CAÑAVERAL

No. Ni tres ni tres mil borran el peligro del uno, del malo.

ROMUALDA

¡Bueno! ¡Bueno! ¡¡Bueno!! Mi hermano un mal

hombre... y yo que reviente o que arranque por la calle de en medio y sea también una mala mujer. ¿Y ustedes, don Cañaveral? ¿Buenos o malos? ¡¡Malos, centella, malos!! ¡Que si hubiera una miaja de justicia en este mundo, la mitad de la cadena amarraba al presidiario, sí, pero con la otra mitad habían de amarrar a los egoístas que dan dinero para que haya cárceles y no dan dinero para que haya casas y ropa y comida, que a ninguno le debía faltar!

CAÑAVERAL

Calle, Romualda.

ROMUALDA

No me da la gana. Y cada vez que dicen los periódicos que en la prisión hay tan buenas camas y proporcionan tan buenos alimentos, me dan unas tentaciones locas de robar, no para ser ladrona, no, sino para que me lleven a tan buen sitio como dicen que es la cárcel.

CAÑAVERAL

¿Quieres marcharte?

ROMUALDA

Y cuando vayamos todos a donde no hay más que un Juez, ya veremos a quién castigan

primero, si a tantos como pecan por hambre o a tantos como dejan que haya esas hambres por el mundo. Ya veremos, ya veremos...

JUANA

Llevándosela.

Ven conmigo, mujer...

ROMUALDA

Y si no lo vemos... ¡si no lo vemos, entonces no habrá duda de que estuvieron en lo firme los que levantan cárceles nada más!

CAÑAVERAL

¡Vaya con Dios ya, Romualda!

ROMUALDA

Bueno. Con Dios me voy. Quédese usted con el demonio, don Cañaveral.

JUANA

Ven, ven.

Mutis las dos.

ESCENA VI

DICHOS: RAIMUNDO

RAIMUNDO

Pasad, pasad. ¿Qué milagro tener el gusto de veros dos días seguidos? ¿Hay algún otro reloj que rifar?

VIUDA

Algún otro pobre no faltaría...

RAIMUNDO

Desgraciadamente. ¿Y Rosario?

ANGÉLICA

Brincando a su encuentro

¿Qué tal ese banquete?

RAIMUNDO

Espléndido, pero fuerte. Todo de mariscos.

CAÑAVERAL

¡¡Mariscos!!

Aparte a HERMANA.

¿No será todavía pronto a las cinco?

HERMANA

Quizás...

RAIMUNDO

Hubo un vinillo blanco, un Graves, que se dejaba ir solo... y claro, los brindis también se fueron solos. Me parece que dijimos muchos disparates...

CAÑAVERAL

Bien hecho.

VIUDA

¿Ya no saldrás?

RAIMUNDO

No.

VIUDA

Ha quedado el doctor en volver a las cinco... y nosotras también volveremos.

RAIMUNDO

Algo extrañado.

¿Os vais y volvéis...?

VIUDA

No nos vamos...

RAIMUNDO

Intentáis saquear a Rosario, ¿eh...? Cuando yo preguntaba por las rifitas no iba muy descaminado.

VIUDA

No...

RAIMUNDO

Os concedo diez minutos para el asalto a su bolsillo. En seguida venís o voy.

VIUDA

Perfectamente.

Mutis VIUDA y HERMANA.

RAIMUNDO

¿Hubo correo?

CAÑAVERAL

Periódicos solamente. ¿Los traigo?

RAIMUNDO

Tráigalos si quiere. O si no, deje, que voy yo a la casa.

CAÑAVERAL

No, no...

Mutis.

ESCENA VII

ANGÉLICA Y RAIMUNDO

ANGÉLICA

Vuelve a bromear risueña, abrazándolo para detenerlo, y a medida que él habla, ella cae en su preocupación.

¡Cuéntame algo, tío! ¿Quiénes asistieron a la comida?

RAIMUNDO

Los mismos de todos los años. Faltaron dos camaradas: uno, por achaques, y otro, por una desgracia de familia. Veremos los que faltamos el año próximo... ¡Vamos para viejos, sobrinilla!... Pero hay que conformarse, que peor es no contarlo. Dicen que es peor... yo no lo sé de fijo. Bah, bah... no pensemos en lo irremediable.

Da media vuelta para marchar.

ANGÉLICA

Con angustia.

¡¡Tío!!

Sonriendo forzadamente cuando él la mira.

Que... que... ¿por qué brindaste tú?

RAIMUNDO

Igual que todos. Porque nos volvamos a reunir con salud, o siquiera con pocas enfermedades, y porque tengamos tranquilidad y paz dentro de nuestras casas, que es el ideal supremo de todos los finales de las vidas...

Pausa. Mirándola.

¿Qué te pasa a ti, Angélica?

ANGÉLICA

Riendo.

Nada...

RAIMUNDO

¿Ya no soy el amigo en quien se confía?...

ANGÉLICA

¡No has de ser! ¡Y hoy más que nunca!

RAIMUNDO

¿Por qué hoy más que nunca?

ANGÉLICA

Por nada... ¡Simplezas!... Que hay días tristes sin motivo, como nos ponemos trajes negros sin estar de luto.

RAIMUNDO

¿No será que te persiga hoy algún fantasma?...

ANGÉLICA

¡No los hay!

RAIMUNDO

¡Sí los hay, Angélica; sí los hay!... También yo los siento flotar en el aire y muy cerca de mí.

ANGÉLICA

¡No digas eso, tío Raimundo!

RAIMUNDO

En seguida reflexiono y me burlo de mi credulidad... Pero un rumor cualquiera, el más natural, me causa de nuevo la misma impresión de angustia y de inquietud. Y ya no puedo burlarme, Angélica; no puedo...

ANGÉLICA

¡Qué tontadas!...

RAIMUNDO

No, no. Este corazón leal que Dios me ha dado viene hace ya días brincándome en el pecho, como si quisiera decirme: «¡Cuidado, Raimundo!... ¡Cuidado, Raimundo, que te acechan, que te rondan... y en tu casa, en la calle, en

donde más seguro te creas, hay un enemigo que te aguarda implacable...»

Mirando a Angélica, que llora.

Y lo que el corazón no supo explicar bien, lo aclaras tú ahora con ese llanto.

Obligándola a levantar la cabeza.

¡Es en la misma casa en donde está el enemigo!

ANGÉLICA

Escapando al extremo de la habitación, se coloca de espaldas.

No, no...

RAIMUNDO

Inmóvil.

Es en la misma casa, ¿verdad?

ANGÉLICA

¡No!

RAIMUNDO

¿Y tú lo conoces?

ANGÉLICA

No, no...

RAIMUNDO

Y es a las cinco cuando vendrán a herirme... Esa es la hora elegida, ¿verdad?

ANGÉLICA

No sé, no sé...

RAIMUNDO

Dímelo...

ANGÉLICA

¡Yo no sé nada!

RAIMUNDO

Cariñoso.

¿No me lo dices? ¿Dejarás tú que yo vaya indefenso a que me hieran?... ¿Prefieres que sean otros, otros que no tendrán compasión de mí, en lugar de ser tú, que al mismo tiempo abrirás la herida y la curarás en lo que humanamente sea posible?

ANGÉLICA

Te juro que no sé nada, ¡te lo juro!...

RAIMUNDO

Yendo a ella pausadamente, la coge, sin que ella se vuelva.

Acuérdate, Angélica... Tenías seis años cuando quedaste sola en el mundo. Te recogió Rosario, y yo lo autoricé, con el propósito de buscarte un colegio y pagarte la pensión. Nada más. Pronto le tomé cariño a la mujercita aquella que no tenía sombra de nadie...

ANGÉLICA

Volviéndose, lo abraza.

¡Tío Raimundo de mi alma!...

RAIMUNDO

Desde entonces no he dejado un día de velar por ti para que vivieras feliz y honrada. Muchas miserias, que tú ignoras, se han resuelto con enormes sacrificios míos, para que no te alcanzaran a ti... y ahora que te necesito, ¿el tío Raimundo de tu alma no va a encontrar, ni para defenderse, el apoyo y el cariño tuyo?...

ANGÉLICA

¡Pídeme la vida!

RAIMUNDO

Habla, Angélica...

ANGÉLICA

Eso, no. ¡Nunca! ¡Nunca!

RAIMUNDO

No diciéndolo, también se dice.

ANGÉLICA

¡Por caridad te pido que no insistas en obligarme!

RAIMUNDO

Si tú no vas ya a decir nada, absolutamente nada. Lo diré yo todo.

ANGÉLICA

¡Por caridad, tío!

RAIMUNDO

Escucha únicamente.

Se aparta, coge una silla y se apoya, de pie, en el respaldo.

El mundo, para mí, se encierra en límites bien pequeños. Mi casa y mi fortuna, vuestro cariño y la salud de todos. Fuera de eso, no hay nada que tenga por qué asustarme. Vamos a eso.

ANGÉLICA

Desesperada.

¡Tío Raimundo, tío Raimundo!...

RAIMUNDO

Ha cerrado los ojos, reconcentrándose.

No tengo negocios de tal índole, que en un día puedan traerme la opulencia o la quiebra. Por ese lado, estoy perfectamente tranquilo.

Pausa.

¿Ha dicho algo alarmante el doctor de la salud de Rosario?

ANGÉLICA

No...

RAIMUNDO

¿Estás enferma tú?

ANGÉLICA

No...

RAIMUNDO

Yo tampoco. Con dos palabras, ya van fuera dos peligros. Alejemos pronto el tercero... y el mayor. Por faltas mías de cariño a vosotras, no puede ser, ni yo os lo preguntaría. De consiguiente, aunque sea contra mí, no es por mí lo que ha llegado. ¿Es por ti, Angélica?...

ANGÉLICA

No.

RAIMUNDO

Aunque haya sido por ligereza, impremeditadamente... ¿tienes tú algo de qué reprocharte?

ANGÉLICA

¡No, tío; no!

RAIMUNDO

¿No?...

Pausa.

Queda el saberlo de Rosario...

Pausa.

¿Es Rosario la culpable...? ¡¡Di que no, Angélica, di que no!!

Pausa.

¿Se ha marchado para no volver? ¿Esa es la noticia que me darán...?

Pausa prolongada, inmóvil; solo los brazos, lentamente y a pulso, van hincándose en el respaldo de la silla hasta hundirlo y romperlo.

ANGÉLICA

Al crujido de la madera, corre hacia Raimundo.

¡Tío Raimundo! No la creas muy culpable, no, porque ella te quiere... pero ahora está sugestionada y cegada por los consejos infames de ese bandido, de ese canalla de Enrique que la asediaba y...

RAIMUNDO

¿Es Enrique...?

ANGÉLICA

¡Ay!

RAIMUNDO

Enrique...: Ya quedó el nombre grabado. Sigue, sigue...

ANGÉLICA

¡Toda la culpa es de él...! Y puedes tener la seguridad absoluta de que esa infeliz está ya pesarosa y arrepentida...

RAIMUNDO

Palabras...

ANGÉLICA

No, es un convencimiento, porque la conozco y sé la gratitud y el cariño que siente por ti...

RAIMUNDO

Palabras...

ANGÉLICA

Y si tú, que eres tan bondadoso, quisieras perdonarla...

RAIMUNDO

Arrepentimiento, gratitud, cariño... ¡Palabras nada más!

ANGÉLICA

No, tiíto, no... Yo sé donde está... y si te apresuraras aún podías evitar la vergüenza...

RAIMUNDO

¿Cuál? ¿La suya? Cuenta suya es desde hoy. La mía no tiene por qué sonrojarse de una maldad ajena.

ANGÉLICA

La tuya no, cierto que no... pero sin embargo reconoce...

RAIMUNDO

Dilo. ¿Qué hay un ridículo para mí...? Tampoco. El ridículo lo hace el hombre que corre tras de una mujer que se le escapa.

ANGÉLICA

Es que tú aún podías traerla...

RAIMUNDO

¿Traer qué? Su alma y su voluntad no, que eso ya no es mío. ¿Traer su cuerpo? Eso sí es posible, pero eso es muy poco ya para que un hombre de bien lo vaya a buscar y lo traiga a rastras o a empellones por los caminos. ¡Es muy poco eso ya, muy poco!

ANGÉLICA

Escúchame a mí que te aconsejo serenamente...

RAIMUNDO

Cariñosamente, sí. Serenamente, no. Piénsalo y verás qué absurdo me propones. ¿Traerla? Y una vez traída... ¿qué hago? ¿Encerrarla como en una cárcel y ponerme a vigilar...? No: yo no tengo vocación de carcelero. ¿Dejarla libre y que en mi propia casa se cometan las traiciones? No: yo no tengo vocación de resignado.

ANGÉLICA

¿Permitirás que se marche?

RAIMUNDO

¿No se ha marchado ya sin mi permiso?

ANGÉLICA

Es verdad, sí, pero también el que tú no intentes nada para recuperarla...

RAIMUNDO

¿Y quién te ha dicho a ti que eso valga la pena? ¿Quién? Para defender lo que se ama y nos corresponde, para eso sí, todo... uñas, dientes, piedras, tiros... ¡Todo! ¡Y todo es poco y todo es lícito...! En cambio, para retener lo que nos abandona y nos desprecia, ¡nada! ¡Nada!... ¡¡Nada!! Y aun diciendo ¡nada! me parece que digo ya demasiado.

ANGÉLICA

Pobre tío Raimundo...

RAIMUNDO

¿Pobre Raimundo? ¡¡No!! Cuando a una mujer, que pensaba ya en otro, le concedía yo mi amor, mi fortuna y mis desvelos, entonces sí que teníais razón para decirlo. ¿Ahora? Ahora, no. Ahora... Si acaso, pobre de ella...

ANGÉLICA

¿Sufres mucho, tiito...?

RAIMUNDO

¡Eso sí, mucho, mucho...! En un momento se deja de estimar, pero hacen falta muchos momentos para dejar de querer y de sentir... El amor de esa mujer se ha roto, se ha despedazado, sí... pero aún tengo los pedazos por todas mis entrañas. Ya se irán, ya se irán...

ESCENA VIII

DICHOS Y JUANA

JUANA

Señorita, que se llegue usted a la casa, de parte de las tías.

ANGÉLICA

(A RAIMUNDO.)

Un momento...

RAIMUNDO

Ve.

A JUANA.

Y aguarda tú.

Saca la cartera, de ella una tarjeta y escribe.

ANGÉLICA

Que marchaba, se detiene y vuelve tímidamente, pero angustiada.

¿Escribes?

RAIMUNDO

No. Liquido.

ANGÉLICA

¿Con quién?

RAIMUNDO

Déjame...

ANGÉLICA

Leyendo: en voz baja.

¿Llamas a Enrique?

RAIMUNDO

Sí.

ANGÉLICA

¡No!

RAIMUNDO

Sí. Hay que terminar. Que de esta miseria no quede pendiente ninguna piltrafa.

ANGÉLICA

¡Mira que es una temeridad!

RAIMUNDO

¿Prefieres una cobardía? Pues no hay más donde elegir... ¿Qué aconsejas?

ANGÉLICA

Escribe...

RAIMUNDO

Termina rápidamente. Alto a JUANA.

Urgente y contestación.

Mutis JUANA.

ANGÉLICA

¡Tengo mucho miedo, tío!

RAIMUNDO

Yo no. Me quedas tú, y es como si me quedara todo.

ANGÉLICA

Echándose en sus brazos.

¿Yo? ¡Ay, tío Raimundo!

RAIMUNDO

No llores. Tiempo habrá para lágrimas después. Ve, que te llaman, ve...

Y la empuja suavemente para que salga. Mutis ANGÉLICA muy lento y llorosa, acongojada...

ESCENA IX

RAIMUNDO queda de pie, absorto... Una pausa. CAÑAVERAL

CAÑAVERAL

Los periódicos. ¿Quiere alguno?

RAIMUNDO

No...

CAÑAVERAL

Ha venido la Romualda con la pretensión de que la tomara yo... ¡Figúrese usted si yo la iba a admitir!

RAIMUNDO

Ya supongo que no...

CAÑAVERAL

Imposible, completamente imposible y temerario. Es muy de lamentar lo que le pasa, sí, señor, pero concédame usted a mí que es peligroso para nosotros...

RAIMUNDO

En quien tiene ideas fundamentales, como usted, muy peligroso. Verdad que no saber o no querer apartar las justas de las exageradas también es peligroso.

CAÑAVERAL

No aspiro a tener hipotecado el don del acier-

to, pero ha de ser menos difícil siguiendo la opinión general que ya se formó de muchas opiniones y de muchos juicios...

RAIMUNDO

Puede que sí.

CAÑAVERAL

Y aun no acertando no creo que es merecedor de grandes censuras el que busca lealmente la verdad...

Interrumpiéndose azorado porque ve entrar a ENRIQUE.

La... la verdad...

RAIMUNDO

¿Cuál es la verdad?

CAÑAVERAL

Advirtiéndole.

Don Enrique...

ESCENA X

DICHOS: ENRIQUE

RAIMUNDO

Sonriendo.

Buenas tardes, Enrique...

CAÑAVERAL

¿Querrán ustedes hablar algo?... Pues... pues me retiro.

Mutis.

ESCENA XI

RAIMUNDO Y ENRIQUE

RAIMUNDO

Siéntese usted...

Y se sienta él después.

ENRIQUE

¿Se arregló por fin el asunto del Banco de Cartagena?

RAIMUNDO

No.

ENRIQUE

Lo dice usted en su tarjeta.

RAIMUNDO

Sí. Pero he mentido.

ENRIQUE se levanta.

Siéntese usted...

ENRIQUE

Estoy mejor así.

RAIMUNDO

Bien. Tengo la evidencia... la evidencia, ¿oye usted...? de... de la amistad entre usted y Rosario.

ENRIQUE

Si quiere usted dar otro alcance a sus palabras, se equivoca usted.

RAIMUNDO

No.

ENRIQUE

Sí.

RAIMUNDO

No.

ENRIQUE

¡Lo juro!

RAIMUNDO

Es su obligación. Pero yo tengo la evidencia, y si a usted le parece nos ahorraremos una hora inútil y fatigosa de protestas, y hablaremos ya como si esa hora hubiera pasado.

ENRIQUE

Le juro a usted nuevamente que está usted equivocado... pero me pongo a sus órdenes para lo que usted quiera y con el pretexto que usted quiera.

RAIMUNDO

No se trata de eso, porque la vida de usted no me resuelve ya mi problema. Resolviéndolo, sí lo trataríamos, pero a traición y por la espalda, para que no me ganara usted segunda vez y del mismo modo.

ENRIQUE

Del modo que usted elija estoy pronto a las consecuencias de ese error de usted.

RAIMUNDO

¿De mi error...?

ENRIQUE

Sí.

RAIMUNDO

¿De mi error...? Siéntese usted, Enrique...

ENRIQUE

No.

RAIMUNDO

Como usted guste... Deseo decirle que he terminado completamente y definitivamente toda relación con esa señora. Si tengo pena o no tengo pena, eso no les importa, ¿verdad...? Lo interesante para ustedes es que no siento afán de venganza, que no les perseguiré y que pueden vivir en paz donde mejor les acomode. Si es lejos de aquí, lo agradeceré más...

ENRIQUE

Eso no era menester decírmelo. Bastaba con hacerlo.

RAIMUNDO

Para ella será también tranquilizador el saberlo de mí.

ENRIQUE

Para ella lo ignoro. Respecto de mí, he de manifestarle a usted que en mis resoluciones no influye la actitud de nadie, y que si alguna mujer se confía en mí no necesita tampoco de nadie, absolutamente de nadie.

RAIMUNDO

Mejor para ella.

ENRIQUE

Y que de mí tendrá todos los respetos y todos los amparos que haya de menester, sintiendo únicamente que la fuerza de las cosas no me permita el darle aquella consagración pública que yo desearía y que ella merece.

RAIMUNDO

Si piensa usted lo que dice, mejor para ella.

ENRIQUE

Y para mí.

RAIMUNDO

No lo sé... Y voy a decirle a usted para qué le he llamado.

ENRIQUE

Yo creía que ya estaba dicho.

RAIMUNDO

Ahora creerá usted lo que le plazca. Por nuestra voluntad, exclusivamente por nuestra voluntad, esa señora y yo hemos vivido juntos quince años sin ningún lazo que nos obligara.

ENRIQUE

¿Qué quiere usted darme a entender?

RAIMUNDO

Lo que entendió usted de sobra.

ENRIQUE

¿Que Rosario no es su mujer de usted?

RAIMUNDO

Exactamente.

ENRIQUE

¡No!

RAIMUNDO

Sí, sí.

ENRIQUE

¡No!

RAIMUNDO

¡Sí!

ENRIQUE

¿Palabra de honor?

RAIMUNDO

De honor, no. Me parece que no cuadra bien el invocar para nada el honor en este lance. Palabra, juramento, cualquier cosa que a usted le convenza.

ENRIQUE

No es posible.

RAIMUNDO

Por ella lo podrá usted saber también. Hace quince años íbamos esa señora y yo a pasar unos días en París. Caí enfermo al llegar aquí y tuve forzosamente que detenerme. Un mes de gravedad y tres meses de convalecencia. Me cuidó con cariño, se lo agradecí, y como a nadie le debo cuenta de mis acciones, con ella he vivido. Para los respetos externos, para no escandalizar a la sociedad, dije que era mi mujer cuando compré la casa, porque los médicos me recomendaron este clima... como mañana diré, guardándola todavía un respeto más, que soy viudo. Ya sabe usted lo suficiente, y puesto que esa señora es libre, puesto que no está casada, cásese usted con ella, Enrique.

ENRIQUE

¿Casarme...?

RAIMUNDO

Me pareció comprender que la fuerza de las cosas, el matrimonio nuestro, era lo único que a usted le impedía la consagración que usted desea y ella merece.

ENRIQUE

Mi conducta futura la resolveré yo

RAIMUNDO

Ya veo cómo. Peor para ella.

ENRIQUE

No anticipe usted juicios.

RAIMUNDO

El caso es muy distinto ya. Lamentaba usted con amargura el no poder consagrar esa unión. Ahora que es posible, lo que usted lamenta con toda su alma es precisamente la posibilidad, el compromiso que viene encima.

ENRIQUE

Se engaña usted.

RAIMUNDO

Realmente, lo otro era más cómodo, ligaba menos y se podía desatar más pronto. Peor para ella, peor para ella.

ENRIQUE

No tengo que darle a usted cuenta del porvenir.

RAIMUNDO

Ni del presente, porque yo no la pido.

ENRIQUE

Estoy a sus órdenes.

RAIMUNDO

¿Para qué? A traición y por la espalda no le daría a usted ya un golpe mayor ni tan certero como este que le doy de frente. A cada uno le llega su hora de reirse. La mía es ahora.

ENRIQUE

¡¡Eso!!...

RAIMUNDO

Eso es.

Levantándose lentamente.

Si a usted le parece, hemos concluído la conversación.

ENRIQUE

Concluído, sí. Buenas tardes.

Mutis.

RAIMUNDO

Buenas tardes. Y si a usted le parece también, podíamos guardar absoluta reserva de todo lo que hablamos. Yo así lo haré.

ENRIQUE

Que se detuvo.

Y yo. Buenas tardes.

Mutis.

ESCENA XII

RAIMUNDO, CAÑAVERAL

CAÑAVERAL

Celebro que se haya marchado ese individuo.

RAIMUNDO

¿Por qué?

CAÑAVERAL

Por nada... Pero hay gente poco simpática, y le confieso a usted que aguardaba con impaciencia a verlo salir.

RAIMUNDO

¿Con impaciencia por qué, Cañaveral?

CAÑAVERAL

Por nada; pero créame usted, mi querido y respetable don Raimundo, sí, querido y respetable siempre... atraviesa usted una de esas épocas de la vida, uno de esos momentos en que...

Se interrumpe y mira el reloj.

Nada, nada.

RAIMUNDO

¿Es tarde para usted?

CAÑAVERAL

Al revés. Son las cuatro y media todavía.

RAIMUNDO

Pues continúe. Atravieso una época en que...

CAÑAVERAL

Nada, nada. Es preferible que no atravesemos nada.

RAIMUNDO

Usted sabrá si dice o no dice.

CAÑAVERAL

No, no.

ESCENA XIII

DICHOS: el DOCTOR. Luego JUANA

DOCTOR

Felices, señores.

RAIMUNDO

Me dijeron que le aguardara a usted.

DOCTOR

Pensaba volver, sí, pero no dejé recado especial.

CAÑAVERAL

¿Hizo muchas visitas?

DOCTOR

Un par de ellas. A un loco, que tiene dinero y le quieren recluir, y a otro loco, que no tiene dinero y no lo quieren admitir en el Manicomio.

CAÑAVERAL

¿Y quién tiene razón en esa pelea?

DOCTOR

Los locos. Como siempre. Los demás andamos todos imposibles.

RAIMUNDO

¿Son casos desesperados?

DOCTOR

Incurables. El del dinero se figura que en to-

das partes hay ladrones. ¿Incurable, verdad? Y el pobre, porque perdió un pleito y le embargaron hasta las cejas, ha dado en la locura de decir que no hay justicia, cuando él precisamente tiene prueba de que la hay, porque es la justicia quien se lo llevó todo. ¿Incurable, verdad?

RAIMUNDO

Sin remisión para ninguno de los dos.

JUANA

Señor doctor...

DOCTOR

Voy. En el dictamen, además de encerrarlos, propongo para el rico que entreguen la administración de sus bienes a la familia. Si algún día recobra la razón él verá cómo se las arregla para recobrar los bienes. Y para el pobre no propongo nada; ese perdió el juicio con las costas, y en esas condiciones no se ha dado caso de curación.

CAÑAVERAL

¿No querrá usted lanzar una censura contra instituciones respetabilísimas y prestigiosas?

DOCTOR

¡No, no, no! Instituciones sociales, columnas de la vida, fundamentos del orden... sí, sí, sí... Muy respetables y muy señores míos. ¡Que me dejen quieto, que yo creo en todo, y en cinco o seis cosas más!

RAIMUNDO

Usted lo acierta.

DOCTOR

Por si acaso.

Mutis con JUANA, que aguardó.

CAÑAVERAL

Es muy buena persona en el fondo, sí, señor, pero algo inconsistente y algo voluble en sus ideas.

RAIMUNDO

Feliz usted que ha logrado tener ideas de granito, fijas e inmóviles, en donde todo cambia a cada instante.

CAÑAVERAL

Le diré a usted...

RAIMUNDO

No me diga nada.

ESCENA XIV

DICHOS: GUTIÉRREZ con el DOCTOR

GUTIÉRREZ

Venga, venga, que también a usted quiero comunicarle la gran noticia.

DOCTOR

Ya vengo, ya vengo.

GUTIÉRREZ

¡Albricias, Raimundo!

RAIMUNDO

¿Qué pasa?

GUTIÉRREZ

Que al fin ha estallado la guerra.

CAÑAVERAL

¡La guerra!

RAIMUNDO

¡La guerra!

GUTIÉRREZ

Ya es oficial la noticia, comprobada en el Ministerio de Estado.

RAIMUNDO

Qué horror...

DOCTOR

Cuántas desdichas van a venir de esa palabra...

GUTIÉRREZ

¿Desdichas? Pero cómo, ¿no se alegran ustedes?

CAÑAVERAL

¡No diga usted ferocidades, señor mío!

GUTIÉRREZ

¿Ferocidades? ¿Pero ustedes no son amigos míos? ¿No comprenden que la guerra, declarada con esta oportunidad, es mi salvación, que ha bajado la Bolsa, que gano ya doscientas mil pesetas y que mañana ganaré seguramente el millón?

CAÑAVERAL

Pero habrá tantas víctimas...

GUTIÉRREZ

¡Claro que habrá víctimas, pero desconocidas. Y en cambio me salva a mí, que soy amigo de ustedes.

DOCTOR

Dice bien el señor. O es mentida la amistad o debemos alegrarnos de lo que redunda en su beneficio.

GUTIÉRREZ

Naturalmente. Para mí es la vida y la fortuna. ¡¡La vida también!! ¿No lo comprenden?

DOCTOR

Claro. Enhorabuena, Gutiérrez, enhorabuena.

GUTIÉRREZ

Gracias. Me voy ahora mismo a Madrid. ¿Quieren algo?

RAIMUNDO

Nada... y enhorabuena.

GUTIÉRREZ

Ya telefonearé... Adiós, adiós...

Mutis.

DOCTOR

Adiós, grandísimo financiero... Que has estado a dos dedos de ser un grandísimo tramposo.

RAIMUNDO

Para muchos es un inmenso horror la guerra... Para este es sencillamente una jugada.

DOCTOR

Matices de las cosas.

CAÑAVERAL

¿Matices...? ¡Indignidades, señor, indignidades!

DOCTOR

Usted no vive en el mundo, Cañaveral.

CAÑAVERAL

¿Pues dónde?

DOCTOR

En el Limbo, entrando, a mano derecha...

CAÑAVERAL

¡Es que me repugna la farsa y la avilantez...!

DOCTOR

Pues váyase tranquilizando y acostumbrando, Cañaveralete, que edad ya tiene, o múdese.

CAÑAVERAL

¿Qué me mude? ¿De qué?

DOCTOR

De casa. Vamos, de mundo...

ESCENA XV

DICHOS: VIUDA Y HERMANA

VIUDA

¿Aquí va, Doctor?

DOCTOR

Aquí.

VIUDA

Aparte al DOCTOR.

¿Podemos hablar...?

DOCTOR

Sí...

VIUDA

Oye, Raimundo...

RAIMUNDO

Sentaos...

Toda la escena desdeñoso y burlón.

VIUDA

Después de sentados todos.

Queremos, es decir, cumplimos el deber, de comunicarte una noticia muy dolorosa...

RAIMUNDO

¿De Rosario? Ya la sé.

HERMANA

Un bochorno para todos, primo Raimundo.

VIUDA

Estas son las consecuencias de elegir mal, trayendo a una cualquiera, sin arraigo en ninguna parte, para formar con ella lo más sagrado, que es la familia y el hogar.

HERMANA

¡Tenía que suceder!

VIUDA

Ya lo habíamos previsto, por la clase de persona, tan poco sociable...

HERMANA

Y una desconocida, que nadie le sabía parientes ni amigas... ¡Tenía qué suceder...! Ya está hecho el mal y ahora hay que remediarlo.

HERMANA

Comprenderás lo que nos mortifica el tener que intervenir en algo que se relacione con esa persona; pero nuestro nombre lo requiere.

VIUDA

Y no por ella, no; por ti, por conservarte la estimación que merecías.

RAIMUNDO

¿Y que ya no merezcó?... ¿Por qué?

VIUDA

No lo preguntes siquiera. Al arrastrarse por el fango, te enfanga a ti.

RAIMUNDO

¿Por qué?

VIUDA

Porque es tu mujer.

RAIMUNDO

¿Y si no lo fuera?

VIUDA

Entonces, claro que no.

RAIMUNDO

Es decir, que lo ocurrido sigue ocurriendo igual; la desgracia para mí, exactamente igual; el destrozo de mi vida, igual... Pero el concepto que les merezco anda a brincos por su juicio, y unas veces estoy afrentado, y otras veces, no...

CAÑAVERAL

Naturalmente.

RAIMUNDO

Para que yo aprecie bien el valor de la opinión ajena, supongamos que fuí leal con Rosario y me casé. ¿Cae sobre mí el ridículo de su fuga?

VIUDA

¡Claro!

CAÑAVERAL

Evidente.

RAIMUNDO

Supongamos ahora que fuí desleal y no me casé. ¿Cae sobre mí el...?

VIUDA

No.

CAÑAVERAL

Evidentemente que no.

RAIMUNDO

¿De modo que, portándome mal con esa mujer, quedaría con toda la estimación pública a mi favor... Y si hubiera procedido correctamente, si me hubiera casado, a estas horas estaba irremisiblemente en ridículo? Es una opinión, es una opinión... ¡que me lleva una vez más a desdeñar la opinión, porque no cabe absurdo mayor que el de admitir que yo pueda quedar afrentado por una mala acción ajena, y, en cambio, quede por honradísimo en cuanto ustedes se enteran de que la mala acción es la mía!

CAÑAVERAL

Esas faltas, en los hombres, las juzga benévolamente la sociedad. Yo, no, ¿eh?

DOCTOR

Creo que divagamos en el proceloso mar de las suposiciones. La realidad es que está usted casado, y a ella hay que atenerse.

VIUDA

¡Y salvar nuestro nombre a todo trance!

RAIMUNDO

Sí, sí; salvemos el nombre, que es la única realidad. Lo otro, el que yo tuviera, con lazos o sin lazos, una vida hecha, una ilusión y un amor, y que ahora brutalmente se deshaga... es poca cosa ante el fantasma de un apellido. ¡Salvémoslo de una vez, si queréis!

VIUDA

Llama a Angélica.

Mutis HERMANA.

RAIMUNDO

¿Qué opina usted, doctor?...

DOCTOR

Nada... Pero voy a modificar el dictamen en un punto esencial, proponiendo que lo firmen los locos e indicando la conveniencia de que me encierren a mí... o a ustedes. Será lo más razonable que haya oído hoy...

RAIMUNDO

¿Para qué llamáis a Angélica?

VIUDA

Para que resolvamos lo que se ha de hacer, y, sobre todo, lo que se ha de decir.

CAÑAVERAL

La verdad, y hemos acabado.

DOCTOR

Usted pertenece a la poesía épica, y está usted en endecasílabo perpetuo, Cañaveral.

RAIMUNDO

¿La verdad quiere usted decir? ¿Y quién le garantiza que la verdad que usted sabe y en que usted cree, sea la verdad?...

CAÑAVERAL

Me parece a mí...

RAIMUNDO

Basta con lo que a usted le parezca, para juzgar y para sentenciar... y si acaso no es, que rectifique el sentenciado...

VIUDA

Vamos a resolver lo nuestro, primo Raimundo. Ya sobra con el pecado; no añadamos la difamación y las hablillas...

RAIMUNDO

¿Qué quieren ustedes...?

VIUDA

De esa persona podemos decir que se halla en un sanatorio.

DOCTOR

Yo lo he mandado.

CAÑAVERAL

Eso está bien...

DOCTOR

Como farsa, sí, está bien.

VIUDA

Comprenda usted, doctor, que es conveniente y prudentísimo...

DOCTOR

Sí, señora. Prudentísimo... y estoy dispuesto a servirles. Pero no vamos a decir una verdad, sino una mentira, y cuando todos sabemos que es mentira todos vamos a la farsa con ella.

VIUDA

Eso sí... Pero son lícitas y necesarias cuando el fin es noble.

DOCTOR

Convencido. La protesta fué para salvar un escrúpulo, de esos que tiene Cañaveral en su colección... y porque me gusta saber el terreno que piso. ¿Vamos a mentir? Pues vamos. Pero yendo a la farsa, iremos como en la farsa, y cuando sea verdad...

RAIMUNDO

Vayamos también como si fuera farsa. Acertaremos muchas veces.

DOCTOR

Conforme. Perdonen... y sigamos con nuestro asunto.

ESCENA XVI

DICHOS: ANGÉLICA Y HERMANA

VIUDA

A ANGÉLICA.

Estamos hablando de esa persona... de la pobrecita Rosario, y puesto que la estancia en el Sanatorio ha de prolongarse mucho... desgraciadamente... conviene arreglarlo todo. ¿Cómo se llama la Casa de Salud a donde ha ido, doctor?

DOCTOR

De ningún modo. El primer año, lo menos, nada de cartas ni de noticias. Tranquilidad absoluta.

VIUDA

¡Lo lleva con un rigor!... Pero hay que obedecer si queremos conseguir algo. ¿Comprendes, Angélica?

ANGÉLICA

Sí, tía.

RAIMUNDO

Vamos a lo que deseáis; pero vamos, ¡¡vamos!!

VIUDA

¿Qué has dispuesto de Angélica?

RAIMUNDO

Acongojado.

¿Dispuesto de Angélica?...

VIUDA

Nosotras le ofrecemos nuestra casa, si no tienes tú designado otro lugar...

RAIMUNDO

¡Mirad que no me queda ya más que su cariño en el mundo!...

VIUDA

No es correcto que permanezca sola contigo...

RAIMUNDO

¿Quién la respetará más que yo?

VIUDA

No te lo niego; pero hazte cargo de que no puede ser bien mirada una intimidad así, a solas los dos...

RAIMUNDO

¿Pero es que va a ser también ella víctima de culpas ajenas?...

VIUDA

No hay culpa de nadie, Raimundo. Son las circunstancias...

CAÑAVERAL

Y los respetos sociales...

RAIMUNDO

¿Es por el qué dirán nada más, por el temor a las murmuraciones?... Ya sé lo que valen y sé con qué fundamento se lanzan. Angélica no se irá de mi lado.

VIUDA

Fíjate bien. No te decimos que tú aprecies o desprecies ese factor de la opinión pública, es-

cudándote con tus propósitos honrados y leales para Angélica, no; te decimos que causas un quebranto en la reputación de ella, que le haces un daño a ella, y que el día de mañana lo sentirá ella.

HERMANA

Ella.

CAÑAVERAL

Ella.

VIUDA

No tú; ella.

DOCTOR

Tienen razón...

RAIMUNDO

Siempre tuvieron razón los Duendes y las Brujas, desde que formaron la Sociedad para calificar como buenos a los que suben y como perversos a los que caen... ¡*Quimeras*, que espantáis a los que luchan, glorificando a los que se resignan: *Dragones*, que aprisionáis los sentimientos con fórmulas que os dieron los insen-

sibles: *Hidras,* que ahogáis las ideas generosas o delicadas con los tentáculos del ridículo... Por mí, os abomino, por Angélica os reverencio y os acato! Lleváosla...

ANGÉLICA

Echándose en sus brazos.

¡No!

RAIMUNDO

Apartándola cariñosamente.

Es por tu bien... Lleváosla.

ANGÉLICA

¡No... Acuérdate! Tenía yo seis años cuando quedé sola en el mundo. Me recogiste con el propósito de buscarme un colegio y pagar la pensión. Nada más. Pronto le tomaste cariño a la mujercita aquella que no tenía sombra de nadie...

RAIMUNDO

Calla, Angélica...

ANGÉLICA

Desde entonces no has dejado un día de velar para que yo fuera lo que soy, feliz y honrada.

¿Y ahora, que me necesitas tú a mí, el tío Raimundo de mi alma no va a encontrar el apoyo y el cariño mío...?

RAIMUNDO

Enternecido.

Angélica...

VIUDA

Murmurarán de ti...

ANGÉLICA

Pero murmurarán injustamente... Y en cambio si yo lo abandonara... ¿con qué justicia no dirían que soy ingrata y desagradecida?

DOCTOR

Tiene razón.

ANGÉLICA

¿Me dejas quedar, tío Raimundo?

RAIMUNDO

¿Qué si te dejo, preguntas? ¡Ven y Dios te lo pague!

CAÑAVERAL

¡Es una irreflexión...!

VIUDA

¡Es locura!

RAIMUNDO

¡Es bondad!

DOCTOR

Es gratitud...

VIUDA

Os criticarán... Pero allá vosotros.

Cogiendo ya del brazo a la hermana para marchar.

RAIMUNDO

Que critiquen cuanto gusten, que yo no vivo la vida de los demás, sino la mía. Y en el resto, el que cumple con las leyes y el que guarda los respetos externos a la sociedad, no le debe nada a la ley ni a la sociedad...

TELÓN

BIBLIOTECA HISPANIA

OBRAS PUBLICADAS

COLECCIÓN HISPANO-AMERICANA

Pesetas

Primera parte de la Historia del Perú, por Diego Fernández, el Palentino. Un tomo de 375 páginas en 4.º 7,50

Corona Mexicana.—Historia de los Motezumas, por el P. Diego Luis de Motezuma, en 4.º, 512 páginas 7,50

Segunda parte de la Historia del Perú, por Diego Fernández, el Palentino. Un tomo de 448 páginas en 4.º 7,50

COLECCIÓN ROSA PARA LAS FAMILIAS

Genoveva, novela, por Alfonso de Lamartine, 378 páginas en 8.º 3,00

La Leyenda Dorada (Vidas de Santos), por Jacobo de Voragine, tomos I y II, cada volumen 3,00

	Pesetas
Lámparas votivas, poesías, por Francisco Villaespesa	3,00
Como buitres..., por Manuel Linares Rivas.	3,00
La fuerza del mal, por Manuel Linares Rivas	3,50
Obras completas, por Manuel Linares Rivas. Tomo I: *La Cizaña, Aire de fuera, Porque sí.* —Tomo II: *El Abolengo, María Victoria, Lo posible.* —Tomo III: *La estirpe de Júpiter, Cuando ellas quieren.... En cuarto creciente*, cada tomo	3,50
Tapices viejos, por Eduardo Marquina	3,50
Frente al mar, por José López Pinillos (Parmeno)	3,00
Coplas, por Luis de Tapia	2,50
Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras, por José Cascales Muñoz	4,00
La Política de Capa y Espada, por Eugenio Sellés	5,00
La Negra, por Pedro de Répide	1,00
El horror de morir, por Antonio de Hoyos y Vinent	1,00
La Garra (segunda edición), por Manuel Linares Rivas	3,00
Barrio Latino, por Federico García Sanchiz.	3,00
La espuma del champagne, por Manuel Linares Rivas	3,50
La guerra palpitante	3,00
Una mancha de sangre, por Joaquín Belda.	1,50
El Monstruo, por Antonio de Hoyos y Vinent	3,00
La Cocina racional, por Magdalena S. Fuentes	3,00
Mi Venus, por Joaquín Dicenta	1,00
Fantasmas, por Manuel Linares Rivas	3,00



